

LA CRISIS DE LA FILOSOFIA MESIANICA

Tesis de Grado
para optar a la Cátedra de Filosofía
de la
Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras
de la
Universidad de S. Paulo

1950

Homero menciona la existencia de la antropofagia ritual entre los griegos, y según la documentación del escritor argentino Blanco Villata, también se encontró en América entre los pueblos que habían alcanzado una elevada cultura: Aztecas, Mayas, Incas. Según Colón, *comían hombres*. Sin embargo, no lo hacían por gula o por hambre. Se trataba de un rito que, existente también en otras zonas del globo, intenta expresar un modo de pensar, una visión del mundo, que caracterizó cierta fase primitiva de toda la humanidad.

Considerada así como *weltanschauung*, la antropofagia mal se presta a la interpretación materialista e inmoral que de ella hicieron jesuitas y colonizadores. Por lo contrario, como acto religioso, pertenece al rico mundo del hombre primitivo. Su sentido armónico y comunal se opone al canibalismo, que viene a ser la antropofagia por gula y también la antropofagia por hambre, conocida a través de la crónica de las ciudades sitiadas y de los viajeros extraviados.

La operación metafísica que se relaciona con el rito antropofágico es la de la transformación del tabú en totem. Desde el valor opuesto, al valor favorable. La vida es devoración pura. En ese devorar que amenaza cada minuto la existencia humana, al hombre le corresponde totemizar el tabú. ¿Qué otra cosa es el tabú sino lo intocable, el límite? Mientras el hombre de Occidente, en su escala axiológica fundamental, elevó las categorías de su conocimiento hasta Dios, supremo bien, el hombre primitivo instituyó su escala de valores hasta Dios, supremo mal. En ello hay una radical oposición de conceptos que produce una radical oposición de conducta.

Y todo se remite a la existencia de dos hemisferios culturales que dividirán la historia en Matriarcado y Patriarcado. Aquél es el mundo del hombre primitivo. Este, el del civilizado. Aquél produjo una cultura antropofágica, éste una cultura mesiánica.

Llegamos así al momento de las grandes interrogantes. Si este siglo, en su primera mitad, fue un campo de experimentación de la Historia, también fue un laboratorio de hipótesis y de investigaciones. Indagó en el espacio y en el tiempo, penetró los secretos del universo atómico y del universo astral, recorrió las edades de la corteza terrestre, clasificó la evolución de los seres y de las culturas, restauró, desde sus orígenes, el pensamiento humano en su autenticidad, liberándolo de las deformaciones interesadas que lo desviaban hacia luchas confesionales. E hizo más. Humanizó la Filosofía. Ya Sören Kierkegaard había dirigido hacia lo subjetivo y lo cotidiano la emoción de su duda. Karl Marx había reducido a la contabilidad los vuelos de la metafísica alemana. Y Friedrich Nietzsche había afirmado que el *habitat* de los grandes problemas era la calle. En la calle, en la contabilidad y en la jornada, laboral en esta mitad de siglo, el hombre trabajó sobre el hombre. Y hoy, se puede restaurar un viejo axioma de la Edad Media: *Philosophia ancila theologiae*. Pronto el último término fue cambiado, y en la terminología clásica se introdujo un barbarismo de última hora: *Philosophia ancila sociologiae* *.

La Filosofía nunca fue una disciplina autónoma. O a favor de la vida o en contra de ella, engañando a los hombres o creyendo en ellos, la Filosofía siempre dependió de las condiciones históricas y sociales en las cuales se originó.

He aquí la primera afirmación de la presente tesis que coincide, no solamente con Karl Marx, sino con Kierkegaard y Nietzsche.

Otro pensador, el amargo Schopenhauer, aportó al debate intelectual de hace cien años un elemento que fue ampliamente disimulado bajo el ropaje de la Religión y de la Ética. El supo fijar la función de la voluntad como elemento primordial de la vida y, sin duda, a partir de allí fue construyéndose el universo oculto de Sigmund Freud. Es un elemento que hoy está profunda y definitivamente ligado a la filosofía.

Existe una cronología de las ideas que se superpone a la cronología de las simples fechas. El decálogo nombraría a Kant, o Maquiavelo, a Loyola y a Lenin.

Ese linaje representa en la filosofía de las cumbres, el linaje que afirma que los fines justifican los medios; el que exige de sus adeptos,

* Es una triste impostura esa que intenta exonerar la filosofía creyente de sus compromisos mesiánicos. Santo Tomás, que tanto trabajó para eso, admitía, sin embargo, el conocimiento a través de los sentidos, pero no es a través de los sentidos como Dios se revela. "Las cosas sensibles no pueden hacer que nuestra inteligencia vea en ellas lo que es la substancia divina". De hecho, sólo la revelación era determinante.

forzados o no, la obediencia inerte; el que, en la existencia dialéctica del espíritu, se paraliza en el segundo término; el que constituye, en fin, la negación del propio ser humano. Porque, a fin de cuentas, la formulación esencial del hombre como problema y como realidad, es la siguiente:

- 1º término: tesis — el hombre natural
- 2º término: antítesis — el hombre civilizado
- 3º término: síntesis — el hombre natural tecnificado.

Vivimos en estado de negatividad, he aquí la realidad. Vivimos en el segundo término dialéctico de nuestra ecuación fundamental.

Kojeve, el exégeta de Hegel, afirma que el hombre es ante todo "naturaleza innata, ser natural de caracteres fijos, animal específicamente determinado que vive en el seno de la naturaleza, teniendo allí su sede natural". He aquí el primer término.

R. Vancourt, pensador católico, al comentar a Kojève elucida el segundo término: "El hombre no es hombre sino por su negatividad, esto es, no en cuanto él niega ese dado, no en cuanto él se niegue a sí mismo como dado, sino que en cuanto naturaleza y libertad él constituye precisamente esa negación de lo dado, y así se manifiesta mediante el trabajo y en el trabajo". He aquí la antítesis.

Kojeve, respecto al segundo término, también afirma: "el hombre no existe en sí, sino en la medida en que implica en su ser, en su existencia y en su aparición, el elemento constitutivo de la negatividad".

Hans Kelsen, que no es solamente un maestro del Derecho sino también de los representantes actuales de la Filosofía de la Cultura, agotó el tema del jusnaturalismo. El nos muestra inmediatamente que la idea de justicia, en todas las sociedades humanas, aparece como algo "natural". El derecho justo es cosa natural. Y siendo justo pasa a ser legal.

En el mundo del hombre primitivo, que fue el Matriarcado, todavía la sociedad no se dividía en clases. El Matriarcado se fundamentaba en una triple base: el hijo por derecho materno, la propiedad común del suelo y el Estado sin clases, o sea, la ausencia de Estado. Cuando se instauró el Estado de clases, como consecuencia de la revolución patriarcal, una clase había conquistado el poder y dirigía las otras. Por lo tanto, el derecho que defendía los intereses de esa clase pasaba a ser legal, creando así una oposición entre ese Derecho, el Derecho Positivo y el Derecho Natural. Siendo aquél un derecho legislado, exigía obediencia. Se estableció entonces la organización coercitiva que es el Estado, personificación de lo legal.

De la validez de lo legal como tal, fue posible la transferencia hacia el dominio del arbitrio de toda emanación de Derecho.

Aquello que negaba, con la coacción, la misma naturaleza del hombre, pasó a ser Derecho. En el largo desarrollo de ese Derecho, que pro-

dujo las Leyes del Patriarcado, el jusnaturalismo siempre reivindicó su papel de fuente natural y directa de justicia. Hoy más que nunca, él surge revigorizado por la derogación, lenta o revolucionaria, de las formas jurídicas patriarcales que son: el hijo por derecho paterno, la propiedad privada del suelo y el Estado de clase.

La ruptura histórica con el mundo matriarcal se produjo cuando el hombre dejó de devorarse al hombre para convertirlo en su esclavo. Engels hace hincapié en el fecundo progreso dialéctico que eso significó para la humanidad.

De hecho, de la servidumbre emanó la división del trabajo y la organización de la sociedad en clases. Se creó la técnica y la jerarquía social. Y la historia del hombre pasó a ser, como dijo Marx, la historia de la lucha de clases.

Una clase se impuso a todas las demás: fue la clase sacerdotal. A un mundo sin compromisos con Dios, le sucedió un mundo que dependía de un Ser Supremo, distribuidor de recompensas y puniciones. Sin la idea de una vida futura, al hombre le hubiera sido difícil soportar su condición de esclavo. De allí la importancia del mesianismo en la historia del patriarcado.

Fuera de él y anterior a él, quedó la reminiscencia del sacerdote que defendía su propia función, y con ella la vida, día y noche, dando vueltas alrededor de un árbol, solitario y taciturno, en espera del golpe fatal de su sucesor que lo acechaba.

Ese símbolo del sacerdote ligado al culto como a su propia existencia, que abre el folklore de Frazer en *La Rama Dorada*, muestra muy bien la imagen del conductor religioso de la tribu, de cuya vigilancia depende, como la suya, la misma vida del grupo.

Estamos lejos de ese padre insomne del lago de Nemi, cuando vemos desarrollarse el sacerdocio, en la historia de todas las religiones, como sinecura sagrada, muchas veces confundido con la misma función de la realeza. Los reyes-padres se suceden en la organización de las primeras sociedades, y cuando las dos funciones se separan, la del mago, que manda en lo sobrenatural, influye en la otra que pasa a depender de su sanción.

La historia del sacerdocio representa la fuente de lo que Nietzsche llamaría la Moral de Esclavos. En los viejos libros religiosos se verifica una coincidencia de ordenaciones, principios y máximas, que podrían constituir la Cartilla del Esclavo Perfecto.

El sacerdote, muchas veces, fue el legislador; otras veces, a través de augurios y oráculos, presidió la paz como ordenó la guerra.

Victorioso e intocable en Egipto, en Oriente, en Grecia y en Roma, testimonio y privilegio de las civilizaciones más cultas, el sacerdocio experimentó un regreso a su sentido original en Roma, en los primeros tiempos del cristianismo. Allí, en la figura desorbitada y contundente del náufrago Pablo, en Pedro crucificado cabeza abajo, en los Padres mártires de la catacumba y el Circo, resurge la figura dramática del sacerdote de Nemi. Pero, a partir del momento en que Constantino apacigua los conflictos sociales romanos, sancionando la servidumbre que se impugna con la falta de mano de obra de latifundio, el Papado se instala en la cuna de púrpura del Catolicismo e irrumpe en la alta Edad Media enfrentándose a Atila y a Genserico.

El renacimiento Carolingio daría confirmación histórica al papel tutelar del sacerdocio. En él se cimenta el Santo Imperio Romano y sólo más tarde, ante la decadencia y la desmoralización de la Roma papal, es cuando el sacerdocio ve alinearse ante sí algunas figuras, unas humildes y otras violentas y reformadoras, que lo estremecen. Francisco de Asís, Savonarola de Florencia y, finalmente, el monje Martín Lutero de Wittemberg, en el corazón de Alemania.

Antes de llegar a la crisis del sacerdocio occidental que culmina en la reforma luterana, veamos la etimología de esa palabra que acompaña y centraliza la historia de todas las iglesias.

Sacerdocio quiere decir "ocio consagrado a los dioses". El ocio no es pecado que, hipócritamente, se señala como la madre de todos los vicios. Por el contrario, Aristóteles atribuyó el progreso de las ciencias, en Egipto, al ocio concedido a los científicos, pensadores y estudiosos. La palabra "ocio" en griego es *scholé*, de la cual se deriva la palabra "escuela". De modo que, dentro de la sociedad antigua, podemos fácilmente distinguir a los ociosos como los hombres que escapaban al trabajo manual para dedicarse a la especulación y a las conquistas del espíritu.

En el fondo de todas las religiones, como de todas las demagogias, está, pues, el ocio. El hombre acepta el trabajo para conquistar el ocio. Y hoy, cuando a través de la técnica y el progreso social y político alcanzamos la era en que, como diría Aristóteles, "los husos trabajan solos" el hombre deja su condición de esclavo y entra de nuevo en el umbral de la Edad del Ocio. Se trata del anuncio de otro Matriarcado.

Todas las técnicas sociales, tanto la legislación como la política, la "ofectividad" como la infortunística, reducen el trabajo, lo organizan y compensan sobre bases sanitarias y palinódicas. Es la dote del ocio a la que todo hombre nacido de mujer tiene derecho. Y este ideal común pasa a ser un albergue: la metafísica del ocio.

En el mundo super tecnificado que se anticipa, cuando hayan caído las barreras finales del Patriarcado, el hombre podrá cebar su pereza innata, madre de la fantasía, de la invención y del amor. Y así restituirse a sí mismo, en el final de su largo estado de negatividad, en la síntesis de la técnica que, finalmente, es civilización y de la vida natural que es cultura, su instinto lúdico. Sobre el *Faber*, el *Viator* y el *Sapiens*, prevalecerá entonces el *Homo Ludens*; en tranquila espera de la devoración del planeta por el imperativo de su destino cósmico.

El cristianismo surgió en medio de la mayor concentración proletaria de la antigüedad: Roma. En los Evangelios hay un curioso dirigismo que los convierte, sinópticamente y mucho más allá de la Moral de Esclavo, oriental o socrática, en un código de bien vivir en el trabajo y para el trabajo. Cristo es el primer Dios trabajador. Lejos del faquirismo asceta de Buda, más allá de los *divertissements* olímpicos, Jesucristo, hijo del carpintero de Nazaret y él mismo aprendiz de carpintero, fundamenta el prodigio mecánico y crea un milagro sanitario. Es un Dios de Sindicato. Anda sobre las aguas con San Pedro atrás. Se hace transportar por el demonio a las cumbres de una montaña, desde donde mira el mundo sin largavistas. Transforma el agua en vino, multiplica los panes, resucita a Lázaro. Crea la pesca maravillosa.

Las contradicciones matriarcales que fulguran en Mateo, en Marcos y en Lucas, los lirios inactivos que no tejen y se visten, la antropofagia eucarística y la anunciación que hace de Cristo un hijo por Derecho Materno y un hijo del Tótem, apenas confirman el temario del Patriarcado y de sus formas de servidumbre que es el texto de los Evangelios. Tanto en los talleres como en la guerra social, Roma significó la síntesis del arbitrio judaico, del motor inmóvil de Aristóteles y de la experiencia mística alejandrina. Sin Roma, Cristo no habría ocupado durante veinte siglos las cimas mesiánicas del Patriarcado. Sin Pablo, el esclavo no se habría disputado la dignidad individual en Cristo que en cierta forma, fue la distante semilla de la revolución burguesa. Pablo sigue siendo su patrono y su guía.

Antes de continuar la historia del hombre vestido, veamos por un instante lo que es el hombre.

El Evolucionismo de Darwin, aunque forme en la base del conocimiento biológico actual, dejó una brecha abierta a otras divagaciones e indagaciones sobre el origen de las especies.

Una intervención espectacular en el campo del Evolucionismo es la de Edgar Dacqué, cuyo valor cultural enciclopédico es enriquecido por una imaginación poética sin par. Según sus concepciones, no es difícil llegar a la teoría del hombre pre-estelar. Curiosa coincidencia ésta con la tesis de la célula hereditaria, de la materia sutil y eterna de Mendel y de otros biólogos actuales.

De esta manera, con el correr de las transformaciones de los seres, el hombre habría sido molusco, pez, saurio, ave y mamífero. Y de él se habrían derivado, como colaterales, los tipos fijados por esas especies.

¿Qué sucedió en pleno Oligoceno, en el nuevo sol que anticipaba el Cuaternario, cuando el hombre, después de asumir la dignidad de lo erecto en la forma de los primates, asistió a la muerte de los grandes mamíferos, a las transformaciones gigantescas de la flora y a la repartición diluvial de los continentes y los mares? En ese momento, según adaptaciones lamarckianas, los colaterales muy evolucionados se habrían dividido en homínidos, fósiles improductivos, larvas guardianas de formas perdidas; y entonces él, el antropopiteco, habría fundado el Reino del Mono por toda la extensión viable de su camino en busca de arraigo. Se trataría de la promiscuidad heteróclita, donde podría situarse la aparición del *homúnculo* de Bolk. Este sabio anatomista holandés afirma que el hombre es la fetalización del mono. Y nada impide que ese "feto del mono" —que finalmente habría realizado en el *homo sapiens* el final de su línea, puesto que no es evolución y sí regresión— se adapte al folletín de la vida, el cual somete la materia creadora de Paracelso a las aventuras estructurales de Dacqué. Pero no por ser el feto de Bolk, sino por ser el simple producto del cruce entre una especie superior —el antropopiteco— y las larvas homínidas donde se acentuarían los rasgos de cada arcano ancestral. Y el hombre de cara íctia, como el hombre-ave y el batracio, serían la réplica de sus arquetipos perdidos en la fijación de los colaterales de Dacqué. Por lo tanto, habríamos asistido, por toda la tierra habitable, a un funambulesco Reinado del Mono. En la promiscuidad que se establece entre el antropopiteco y esas sombras sexuales de la especie humana, ¿cuál sería el injerto?, ¿cuál el caballo?

Si en una marcada biotipología conservamos los rasgos de la evolución de Dacqué, aunque en una confirmación paralela, vemos que hay mucho de humano en cada especie animal. El loro habla, la abeja se organiza en sociedad obrera como la termita, el pavo real confirma las tesis de Freud, la hormiga economiza y el tanguará baila.

El correr de los milenios habría intensificado el mestizaje del *homo viator*, a través de las migraciones, las guerras, los éxodos y las conquistas. Las razas limitadas a su mimetismo, color de desierto, color de pelo, color de quemadura solar, se mezclaron profusamente. De tal manera que hoy aparece menos característico, o menos acentuado, el tipo originario de las especies de las cuales derivamos. Y la constante con-

flictiva que tantas veces revela en el hombre al animal alérgico, al animal idiosincrásico, se habría atenuado con el correr de la historia haciendo viable y posible el entendimiento entre individuos y pueblos, tantas veces desmentido y tantas veces nuevamente soñado.

La novela biológica que hemos desarrollado a partir de la teoría de Dacqué, que ahora se une a la de Bolk, no menos sorprendente y fabulosa de lo que fue *El origen de las especies* de Darwin en su comienzo, queda convertida en campo para la polémica y la investigación. Quizás a través de la iconografía histórica, de las artes y hasta de la fotografía, se podría determinar de qué modo el hombre de cierta época o de cierta civilización reprodujo su origen felino, íctio o porcino, e incluso cuándo. No sería inoportuno crear una dacqueana y llevarla a sus últimas consecuencias antropológicas y culturales. Sería aceptar el punto de vista del primitivo que se identificaba con el tótem.

La promiscuidad originaria es un hecho. Solamente la deformación interesada y el espíritu confesional podrían dar actualmente un ejemplo contrario, tal como el de Westermarck, el cual no puede alegar ignorancia sobre los problemas de su especialización. No es entonces demostración de obtuso sectarismo la afirmación, del sesudo profesor de la Universidad de Londres, de que la monogamia es una tara legada al hombre por el mono, sino un chiste. Sin compartir el evolucionismo polémico de Lewis Morgan, la ciencia antropológica moderna no niega la fase que, sin lugar a dudas, existió en las relaciones sexuales de los primeros grupos humanos. Los estudios de Bachofen, en ese campo tan lejano de la Sociología, mostraron la identificación de Matriarcado. Al no existir el padre, el parentesco sólo podía subsistir mediante la consanguinidad materna.

Una curiosa leyenda japonesa sugiere lo que había pasado en ese período del eslabón perdido.

El Emperador de China, en busca del Elixir de la Larga Vida, había enviado a las islas japonesas un navío capitaneado por su hija "la princesa Esplendor de la Aurora". Al chocar con un peñasco el navío naufragó; cuando lograron alcanzar las costas, la princesa y sus ayas encontraron que la tierra estaba habitada por terribles antropoides, cuyo jefe era el Mono Sarú. De la promiscuidad resultante se originaron los japoneses, quienes hasta hoy conservan los rasgos psico-somáticos de ese extraño cruce: agilidad, largos miembros superiores, vegetarianismo, visión débil, infantilismo, espíritu de imitación y sentido de grupo.

La princesa Esplendor de la Aurora se transformó en la diosa Amaterasú, y dio a los japoneses la raíz materna de su origen. Son hijos de la Redentora de su primitiva naturaleza animal.

Más allá del Matriarcado que aquí se muestra, en la secuencia de este hallazgo folklórico tenemos una versión del Complejo de Edipo, aunque parcial, más fuerte que aquél deducido por Freud a partir de la mitología griega. Los resultantes de la promiscuidad entre chinas y monos, al despertar de su primera conciencia, se sintieron horrorizados, y queriendo abrir un abismo entre la expresión humana adquirida y su origen animal, mataron al padre tribal: el Mono Sarú.

La deificación del Mono Sarú en una interpretación evemerista, habría dado origen al culto a los muertos. El muerto siempre fue objeto de una transfiguración tutelar, esto es, fue apaciguador del sentimiento de culpa. Hasta hoy la familia humana, poderosa o humilde, no olvida la tradición del antepasado purificado por la muerte. No hay diferencia fundamental entre la mitología doméstica de hoy, con su anecdótica sentimental e iconográfica, y el sentimiento que hacía exclamar a Cicerón: "Buenos o malos, con la muerte, todos se convertían en dioses subterráneos y tutelares". Incluso, es de notar que en las clases no favorecidas de la sociedad actual, aumenta un sentimiento de recuperación heráldica, que podríamos llamar el "Complejo del Antepasado".

El culto a los muertos no implica necesariamente una idea del Más Allá. El hombre arcaico creía en la supervivencia local del muerto bajo la tierra en la cual yacía. "Los ritos de la sepultura —afirma Fustel de Coulanges— muestran claramente que cuando se le daba sepultura a un cuerpo, se creía enterrar allí algo vivo". Virgilio decía: "Cerramos el alma en el sepulcro"; y es de *La Iliada* la expresión: "¡Que la tierra te sea leve!"

No es solamente en Egipto, donde nació la técnica de la supervivencia con la momificación, y tampoco sólo en las tribus primitivas de América y de Australia, donde se encuentra esa concepción de que el muerto persiste en el lugar en el cual está enterrado. Grecia y Roma también la compartieron. Tucídides, Solón y Luciano de Samosata, atestiguan la costumbre de dejar junto al difunto sus vestimentas y llevarle presentes y dádivas. Suetonio narra que junto a los restos de César se colocaron trajes, armas y joyas. En el sepulcro permanecían cuerpo y alma sin recompensas ni suplicios. Eurípides ponía en boca de Ifigenia: "Derramo sobre la tierra del sepulcro la leche, la miel y el vino, porque ello agrada a los muertos".

La idea del Juicio Final es de origen persa. Pertenece a la mitología mazdaísta. Y desde Zaratustra hasta el Miguelángel de la Capilla Sixtina, ella es la base escatológica del Mesianismo. Con ella, el sacerdocio se

fortalece y fundamenta uno de sus argumentos confesionales: el Patriarcado. En el Matriarcado, el culto a los muertos adquiere un carácter bienhechor y totémico.

Al Bachofen vulgarizado por Nietzsche, debemos los primeros estudios sobre el Matriarcado. Como dijimos, la cultura de la humanidad se dividiría en dos hemisferios: Matriarcado y Patriarcado.

El hijo por Derecho Materno se explica por el hecho de que el hombre primitivo no relacionaba el amor con el acto de procrear. El amor es por excelencia el acto individual, y su fruto pertenece a la tribu.

Será preciso crear una Errática, una ciencia del vestigio errante, para reconstituir esa vaga Edad de Oro, donde brilla el tema central del Matriarcado.

Del mono monogámico de Westermarck a *La Ciudad Antigua* de Fustel de Coulanges y al matrimonio como sacramento, las justificaciones de la unión indisoluble han cambiado, sin que por ello, sin embargo, pasase por la mente de ese sociólogo y de ese historiador —ambos maestros de la ciencia patriarcal— que pudiese haber existido cualquier organización familiar fuera de la jurisdicción del *pater familias*. Para ellos, el mundo comienza con una unidad de servidumbre y de culto, cuyo modelo lo suministran los romanos y su derecho, este último formulado de la siguiente manera: *Pater est quæm nuptiæ demonstrant*. En esta frase está la clave del Patriarcado, que es determinante en la conservación de la herencia paterna y en la consiguiente acumulación de la riqueza en manos de un grupo y, por lo tanto, de una clase. Lutero y Melancthon confirmaron ese punto de vista, admitiendo incluso la poligamia, con tal de que no se disolviese el vínculo matrimonial que produce la herencia.

El reciente libro de Claude Lévy-Strauss sobre las estructuras del parentesco agotan el tema. Mientras tanto, el antiguo profesor de la Universidad de São Paulo, apenas llega a las retrasadas fronteras del Patriarcado. De este modo, él inicia su libro estudiando el fenómeno primitivo de la retribución. Y, en la retribución, a la mujer como dádiva. Se trata, por lo tanto, de un enfoque del avanzado estado de esclavitud patriarcal y no de la mujer puesto que ella es considerada un simple objeto. Sólo una paleontología social posibilitaría la restauración y el estudio de las estructuras matriarcales desaparecidas.

Es Grecia la que suministra el testimonio determinante de esa cultura en la cual todos eran iguales, poseían las cosas en común y no existía el dominio del hombre sobre el hombre. El mejor vestigio de la edad sin amos ni esclavos es dado por *La República* de Platón. De ella serían eliminadas la opulencia y la pobreza, y todas las clases serían iguales: "No buscamos la felicidad de cierta clase particular de ciudadanos". Sobre la comunión de las mujeres y de los hijos he aquí la decisión: "Las mujeres

de nuestros guerreros serán comunes a todos, ninguna de ellas habitará en particular con alguno de ellos; también los hijos serán comunes, ni los padres conocerán a los hijos, ni éstos a sus padres”.

Sin embargo, el texto que signa el paso al Derecho Paterno, y que, por lo tanto, se coloca en el alba del Patriarcado, es la *Orestíada* de Esquilo. Bachofen fue el primero en referirse a ella.

El matricida Orestes, perseguido por las Erinias, furias vengadoras del Derecho Materno, intenta refugiarse bajo el favor de Minerva, la cual juzga su crimen con una sentencia sensacional. El voto de Minerva decide por el Derecho Nuevo. Orestes es absuelto y las Erinias, convencidas de su inutilidad, se someten a las leyes del nuevo Estado, cuyas bases están en la herencia paterna y en sus reivindicaciones.

El clímax del Patriarcado está en el *Hamlet* de Shakespeare. Aquí retumban con fuerza la venganza y el resentimiento del Príncipe, contra la madre adúltera. Se ve cómo los caminos de la vida en el Matriarcado y en el Patriarcado, se delinean de manera diferente. En las primeras tribus humanas, al separar el acto de la procreación del acto del amor, no es posible drama alguno ante los derechos de la mujer a su existencia amorosa. En los caminos del Patriarcado, el destino trágico del Príncipe Hamlet, que es el mismo de Orestes, se repite por milenios. De la *Electra* de Sófocles, a la *Electra* de O'Neill, pasando por Eurípides, Racine, Goethe e Ibsen, siempre se trata del drama de la inconformidad de los hijos ante la constante libertaria de los padres amorosos. Es el drama de la herencia y de la propiedad privada.

Hoy, en la crisis mesiánica que se presenta en todas partes, el clima paternalista ha decaído. Es un filósofo el que ofrece la medida de esa nueva revolución de leyes y de costumbres: Jean Paul-Sartre. En “Las moscas” él glosa el tema de la *Orestíada*, pero desde un ángulo diverso. Para el Orestes de Sartre, los remordimientos son moscas. Y así, por primera vez, en la literatura, la reivindicación del vengador de los derechos paternos adquiere un aspecto bufo.

Werner Jaeger, en su tercer volumen de la *Paideia*, donde desarrolla el tema de la cultura aristocrática en Grecia, afirma que: “La paideia de los griegos y su teología filosófica fueron las dos formas fundamentales a través de las cuales el helenismo influyó en la Historia Universal”.

Sin duda, no es casual el hecho de que, en el siglo VIII a.C., cuando se inicia la poesía griega, Hesíodo sea el autor de una teogonía y, al mismo tiempo, el cantor del trabajo. Es evidente que, en el desarrollo

del Patriarcado, la servidumbre se conecta con el cielo. Ciertamente, el primer documento mesiánico en Grecia es esa teología, galante pero profunda, del poeta de *Los trabajos y los días*, que comienza apostrofando a las Musas de la siguiente manera: "Pastores abandonados por los campos, oprobios de la tierra, que solamente sois vientres, nosotros sabemos contar mentiras idénticas a las cosas reales, pero cuando queremos, también sabemos proclamar la verdad".

Hermoso comienzo éste, en el cual inmediatamente se coloca al hombre frente al Olimpo en la condición de bestia; y, además, que vaya derecho: "¡Anda! Recuerda siempre mi consejo, ¡trabaja!". He aquí la base de la teología patriarcal.

Ya en Hesíodo tenemos todo un código de la servidumbre, tal como la teoría mesiánica del pecado original y de su remisión por la gracia. "La raza de los hombres vivía antes en la tierra, al abrigo de las penas de la dura fatiga y de las enfermedades dolorosas que traen la muerte a los hombres". "No existe ningún medio de escapar a los designios de Júpiter". Salvo éste: "con su amplia mirada concede la prosperidad".

En el Génesis, Eva es la culpable; en la Grecia homérica es Pandora la que derrama sobre el mundo todos los males salidos de su caja.

En las dos versiones, tanto en la bíblica como en la helénica, ambas patriarcales, la Edad de Oro que más tarde cantará Ovidio, brilla en la nostalgia del hombre reducido a esclavo por el Patriarcado.

Al milenario comicio de la Servidumbre debía comparecer, polvoriento e hirsuto, Sócrates, en el apogeo trágico de la conciencia griega, después de la derrota del Peloponeso. El es una síntesis de favores respecto a las clases poderosas. Es así como afirma, en *El Banquete*, que "todo es hermoso si se hace de acuerdo a las reglas de la honestidad, feo si se hace contra esas reglas. Lo mismo sucede con el amor. Todo el amor en general, no es hermoso ni loable, si no es honesto. El amor de la Venus popular es popular también, y solamente inspira acciones bajas; es el amor que reina entre el *común de la gente*, quienes aman, sin discriminar, tanto a las mujeres como a los mancebos, prefiriendo el cuerpo y no el alma".

No podía hablar mejor la voz del Patriarcado, con su odio de clase, con su insultante desprecio por el pueblo, por el "común de la gente". Y el padre de la filosofía griega continúa así: "Debería existir una ley que prohibiese amar a los muchachos demasiado jóvenes, a fin de no perder tiempo en cosa tan incierta". Y añade que lo necesario es crear, a través de la pederastía, amistades y relaciones vigorosas.

Como se ve, la figura de Sócrates, colocada al lado de la figura de Cristo, contrasta en cuanto a la moralidad que comparte. Nadie más que nosotros adopta el punto de vista libertario en materia de amor, donde el

hombre se mueve entre lo telúrico y lo ctónico. Pero esa pública narcisidad de la inversión sexual repugna a la conciencia normal de cualquier sociedad. Un autor actual, el Padre Festugière, describe así a los educandos de Sócrates: "Como se sabe, el perfecto ciudadano debe comenzar por el perfecto adolescente: en el gimnasio nada de presunción. En la mesa, él no se sirve los mejores pedazos, ni ríe con vigor, ni cruza las piernas. Evita el Agora, las bailarinas y los baños públicos. Se levanta frente a los viejos, contesta con urbanidad a sus padres. Se ruboriza fácilmente. Es vivaz y tímido al mismo tiempo".

He aquí la juventud gideana creada por Sócrates, la que se reduce a la decadencia, la Grecia homérica y dionisiaca, la Grecia de Esquilo, de Heráclito, de Empédocles y de Sófocles. La Grecia de Monsieur de Charlus.

Nietzsche, con el coraje propio de su genio, no fustigó suficientemente a este puritano licencioso de las calles polvorientas de la Atenas del siglo v. Pero sí supo verlo perfectamente, según Jaeger, como el responsable de la "petrificación intelectualista de la filosofía escolástica que encadenó a la humanidad durante medio milenio, y cuyos últimos brotes se encontraron en los sistemas teologizantes del llamado idealismo alemán".

Mucho antes que Tolstoi, Sócrates es el animador de la censura, es el patrono de la literatura dirigida. En sus manos mueren la poesía y el arte en Grecia. Es con la más ridícula de las seriedades que él afirma que "los poetas y fabuladores se engañan respecto a los hombres en los asuntos de máxima importancia, cuando declaran que en regla general los malos son felices y los buenos desdichados; que la injusticia es útil, puesto que oculta; que al contrario, la justicia es útil y provechosa para todos, pero es un mal para quien la practica". En el estado ideal que funda, él pretende prohibir a los poetas que digan semejantes cosas y ordenarles que, en el futuro, afirmen precisamente lo contrario. Funciona allí el primer DIP.

La opinión nietzscheana de que la filosofía alemana no pasa de ser una "teología astuta", es confirmada a su vez por Sócrates en la llamada "filosofía de los valores". Scheller derogó a Nietzsche, me confirmó un pensador alemán.

De hecho, vuelve a plantearse lo que sería "eterno en el hombre". "Dios y los genios son, por naturaleza, incapaces de mentir". El fabrica allí al Señor Omnipotente, quien durante más de dos milenios ratificará los abusos de la fuerza y responderá con lisonjas a las injusticias de clase. Queda creada la autoridad sacerdotal y, con ella, el pedestal de todo conservadurismo, de todo anti-progreso, de todo fariseísmo social y político.

Con Sócrates surge el esquema del perfecto muñeco humano, ampliamente exaltado por las clases dominantes, con el fin de conservar al esclavo domado y satisfecho.

Es el “piadoso”, el “justo”, el “contenido”, el “prudente”. En él fulguran las virtudes del rebaño, como lo definió Nietzsche, y en él reside el fondo catequista de todas las cobardías sociales y humanas.

Si con el *Sturm und Drang* Hölderlin vio, en el mito de Diotima, una mágica aparición poética, lo que Sócrates realmente extrae de esa mujer de Mantínca, es una lección interesada en torno a los temas idealistas de Platón. Así, el único mérito de esta vida es la contemplación de la belleza absoluta. Un paso más adelante, surge “la belleza divina”, y con otro pasito, ya final, la falacia de que la verdadera virtud es ser amado por Dios. En cuanto la exaltación del espíritu servil —grato a todo tirano— actúa de esta manera, por encima o por debajo de la mesa del Banquete, Sócrates se deja dirigir por la bolina de Agatón y de Alcibiades, en una escena digna del novelista norteamericano Henry Miller.

La tragedia política de Grecia, con la caída de su esplendor homérico, inaugura el triste teatro de la tesis de los *Diálogos*; teatro dirigido y formalista, al cual el peor Cristianismo se aferró como a una tabla de salvación hasta nuestros días.

Si en Platón subsiste una que otra invención lírica —aquel navío-oráculo de cuya llegada depende la ejecución de Sócrates y donde se guarda el tesoro errático del Matriarcado griego— solamente la inversión interesada del sentido de la existencia, hecha por las clases dominantes, podía traer hasta el fuego purificador de Nietzsche, sin análisis y sin crítica, el compendio central del espíritu de Servidumbre como son las enseñanzas socráticas. En ellos, el Patriarcado construye su sofística triunfal. En ellos se inserta el segundo término de nuestra ecuación clave, la antítesis, el espíritu de negatividad del mismo hombre.

Es necesario ponderar todo lo que precede, y marca, tanto a la vida como a la muerte de Sócrates, para comprender el sentido exacto de su actuación reaccionaria y de su militante impostura patriarcalista.

El se coloca exactamente en el umbral de aquellos tiempos nuevos anunciados por Minerva, al final de la *Orestíada*. Es toda la transformación de un clima. La Grecia que antes poseía una unidad homérica, queda destrozada en la guerra del Peloponeso, auge de sus tribulaciones internas. La Grecia dionisiaca que produjo, en el orden clásico del siglo v, su formulación plástica y lírica, decae con los conflictos entre aristócratas y pueblo; aquella Grecia que había salido al mar y, por lo tanto, al comercio del cual surgió la industria y el proletariado urbano, es decir, las primeras experiencias de la cuestión social. Sócrates es la oposición al relativo bienestar que los griegos conservaban de su alta antigüedad. Contra el politeísmo, él lanza al Dios único. Contra el sentido precario de la vida, de Heráclito, él lanza la inmortalidad del alma. Contra la visión conflictiva del mundo, de Empédocles, la inmutabilidad del Bien.

Lo único que rescata a Sócrates es su cabal sinceridad. Junto a la monstruosa cantidad de imposiciones esclavistas que dejó al mundo clásico, abierto hacia el apogeo de Roma, él ofreció su propia vida. Más que en su proceso y en la cicuta final, Sócrates está en el episodio del juicio de los comandantes navales que no habían tenido tiempo de enterrar a los muertos de la batalla de las Argenusas. Como Miembro del Consejo, él vota contra los viejos ritos y las viejas costumbres. Su actitud, frente a la Grecia arcaica, de hecho es revolucionaria. Y tal como la esclavitud, que arrancó al hombre de su estado primitivo, fue un progreso, así también la teología socrática constituyó un paso al frente en el camino de las conquistas de la civilización. El mesianismo que brota de sus convicciones inmortalistas, y que después centralizará la figura de Cristo, aporta alimento interior a las poblaciones proletarias que inician, al borde del Egeo, la marcha técnica del hombre. Lo sobrenatural no está muy lejos del milagro físico que produce la técnica.

En cuanto a la decisión de aceptar la cicuta, ella se reviste de caracteres sospechosos que empañan su pureza. En la apología que de él hace Jenofonte, estas son sus palabras textuales: "Sé bien que tendré que pagar mi tributo a la vejez; mi vista se debilitará, oíré mal, se reducirá mi inteligencia y olvidaré más fácilmente de lo que aprenderé. Si la pérdida de mis facultades me convierte en algo desagradable para mí mismo ¿qué placer podré encontrar en la vida?"

Es en ese estado de autocritica que le ofrecen la gloria de la inmolación. Por otro lado, también está la huida que algunos amigos le preparan. Una huida inútil, fuera de cualquier militancia, la fuga que no puede conservarlo en una lucha que no existe, sino tan sólo mezquinarse la vida. ¿Y qué tipo de vida? Esa vida precaria de los setenta años sordos y ciegos. En la ilegalidad y en la miseria, bajo la persecución y el clamor público; y cuando no, al lado de Xantipa, "la más insoportable de todas las mujeres pasadas, presentes y futuras", según el testimonio de Jenofonte.

Sócrates representa la pérdida del carácter lúdico en el hombre evolucionado. Para soportar la muerte asegura la idea salvacionista de la supervivencia.

Todo el *Fedón* no pasa de ser un terrible drama íntimo. Con su complejo de comadrona, heredado de la Mayéutica materna, Sócrates elabora un terrible monólogo para convencerse, a sí mismo más que a los demás, de la existencia del alma inmortal. De esta manera, la cicuta pasa a ser la clave de la supervivencia en el mundo del ocio que siempre le había sido negado, a él, pobre desguarnecido del Peloponeso y parásito perenne de las ricas casas de Atenas.

La cartilla del resignado está completa en esa hora agónica. La vida, aunque mala, debe ser soportada hasta que Dios nos envía una orden formal. Sólo un imbécil puede pensar en huir de su amo a cualquier precio. El sabio debe permanecer bajo la dependencia de aquello que es

superior a él mismo. Los dioses cuidan de nosotros puesto que a ellos pertenecemos. Son los mejores gobernantes del mundo. La adulación continua. Sócrates tiene la certeza de que encontrará dioses de primera categoría. Pues algo hay reservado para después de esta vida, donde los buenos tendrán mejor destino que los malos. El filósofo debe morir en la esperanza de que después de la muerte gozará de bienes infinitos. El cuerpo es una corrupción; lo que interesa es el alma. Libres de la locura del cuerpo, sólo así conoceremos la verdad.

Surge el infierno. Quien bajara a los infiernos sin ser iniciado y purificado, caerá en el barro. Pero él pertenece al círculo de los elegidos, y confía en la voluntad de Dios. El alma existía antes de que naciéramos, cuando teníamos conocimientos que luego perdimos. Y así empieza a esbozarse la doctrina de la reminiscencia.

Los que siempre ejercieron la templanza y la justicia van hacia un lugar grato, y por eso él no considera una desgracia la situación de condenado a muerte en la cual se encuentra. No es de los que confunden el primer principio con los que derivan de éste. Con la muerte, entonces, lo que hay de mortal en el hombre perece, y lo que hay de inmortal se retira para ser juzgado y recibir el bien o el mal que mereció. Al beber la cicuta, experimentará la felicidad de los bienaventurados. Y si hizo ese largo discurso, no fue solamente para consuelo de los amigos, sino también para su propio consuelo.

Sócrates expresará el cambio de espíritu producido por la destrucción del mundo griego. Su sermón es una preparación para la cultura esclava que se perfeccionará en Roma, tanto en las artes competitivas de la guerra como en las artes mecánicas de la paz. Los trabajos de ingeniería de la antigüedad habían tenido una base empírica. Ahora, en el arte del diálogo, que Platón señala como el don socrático por excelencia, nace la pedagogía. Un paso más y Aristóteles echará las bases de la lógica clásica: sin ella, no habría habido ciencia.

Es uno de los sabios modernos, Alfred Whitehead, quien señala la importancia de la visión de un mundo lógico, ordenado por un ente supremo, para el progreso de la Física. ¿Qué era, finalmente, la Mecánica sino el aprovechamiento lógico de las fuerzas de la naturaleza? Primitiva, caótica y desordenada, y en una civilización sin reloj, la técnica sólo podía ser eficiente si se apoyaba en el brazo esclavo. El esclavo podía existir en la condición miserable a la cual se veía reducido, sólo con la esperanza mesiánica de la otra vida. De allí el éxito del Cristianismo en el desarrollo proletario de Roma: él se alimenta, efectivamente, de la depresión espiritual del trabajador.

Con el apóstol Pablo, la monogamia se levanta como una institución agresiva del Patriarcado, frente al grupo sexual de la Edad de Oro matriarcal. Estamos en el primer apogeo de la negatividad o de la antítesis, el segundo término de Kojève.

Se llega a exagerar el papel de la monogamia, reivindicada para el esclavo, como si fuera el puntal de la dignidad humana. Pero detrás de esa revolución contra la *gens*, se insinúa el ascetismo, la predicación de la castidad y del celibato.

La revolución paulina es, por una parte, la semilla de la misma revolución burguesa que reposaría bajo las invasiones y los injertos raciales y étnicos de la Edad Media, para luego germinar en el humanismo renacentista; y por la otra, es el agreste apostolado de Cristo que viene a confirmar la ley patriarcal. Es por eso que la idea de la igualdad de todos en Cristo, esto es, bajo una bandera que trasciende las fronteras imperiales de Roma, es revolucionaria. "Ahora no hay Judío ni Pagano, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer, sino que vosotros sois todos uno en Jesús Cristo", dice la Epístola a los Gálatas. Revolucionaria se vuelve, pues, la posición del esclavo monogámico, detentor individual de la dignidad humana. De la misma Epístola es aquella afirmación de que "el hombre no es justificado por las obras de la ley sino por la fe", que a través de Agustín produciría la apología del arbitrio en Lutero, y el consiguiente "estado de gracia" del burgués prosperado en el comercio y en el robo. Aquí están delineadas dialécticamente las etapas de la cultura patriarcal.

No hay que olvidar que Aristóteles pertenecía a la corte de Felipe de Macedonia y que fue preceptor de Alejandro Magno. Jaeger hace referencia a "sus relaciones pedagógicas con el futuro dominador del mundo".

Pero es un contemporáneo, Hans Kelsen, quien analiza la posición interesada del Estagirita. "La teoría metafísica del Sur que pretende ser una ontología, constituye en realidad una axiología, una teoría del valor absoluto y, por lo tanto, una teología, pues la perfección o bondad corresponde a la esencia de lo real y, por eso, todo lo real es en cierto grado bueno; esto se verifica con especial agudeza en estas palabras: "El Ser no podía ser mal administrado. La salvación no está en el mando de muchos, ¡sino en un solo señor!"

Es éste el texto de *La Iliada* que Kelsen reproduce de Aristóteles sin decir que éste lo copiaba de Homero. Texto clave y confesional del Estagirita. No se puede olvidar que Homero era el cantor de la *Areté*, es decir, de la virtud helénica exaltada en sus versos.

Kelsen concluye muy acertadamente que el "Ser como tal", fundamento de la ontología aristotélica, implica la idea de una monarquía absoluta.

De allí que su consiguiente teología tenga un marcado carácter monoteísta.

Sin embargo, este monoteísmo venía de más lejos, del fondo de la vieja fe absolutista. Y tenía una finalidad: la obediencia del hombre esclavo al señor de la tierra que era el espejo del Señor del cielo.

De una edición de textos religiosos recopilados por Frost, reproducimos a continuación los trozos comparados de las diversas religiones del mundo antiguo, relativas al capítulo "Obediencia". Helos aquí:

Del Budismo (Dhammapada 20, 376): "Los que obedecen la ley y siguen diligentemente los mandamientos tendrán serenidad de espíritu, alegría y prosperidad. La obediencia es el camino para las buenas cosas de esta vida y de la otra".

Del Cristianismo (Mateo 19-17; Juan 14-31; Actos 5,29; Romanos 6-17; Hebreos 12-9; Santiago 1-22; Juan 3-24 5-2-3): "El verdadero cristiano es reconocido por el hecho de que obedece los mandamientos de Dios. Quien desea la verdadera vida aquí y después, debe seguir los mandamientos".

Del Confucionismo (Shu-King: 4-3-3; Lun Yu: 20-3-1): "Para obtener el favor del cielo, deben observarse los estatutos del cielo. Quien reverentemente observa esos estatutos y es obediente a la voluntad del cielo, tendrá felicidad y se convertirá en un hombre superior".

Del Hinduismo (Bhagavad Gita: 18-58-73): "Las leyes de Dios son eternas, sublimes y profundas. El hombre que será obediente a ellas será feliz y después de la muerte tendrá una alegría infinita".

Del Judaísmo (Deuteronomio 7-9-11-1; Reyes 8-61; Salmos 25-10; 103-17; 18-119; 47-48; 70-77; 97-101; 112-113; 127-140; 143-163; 167-174; Proverbios 15-5): "Los mandamientos del Señor son justos y deben ser obedecidos. Desobedecer trae castigos, obedecer trae felicidad y bienaventuranza. Dios no recompensa a los pueblos y naciones que le niegan obediencia".

Del Islamismo (El Corán 4-124): "Estaré con el creyente que escucha la palabra del Señor y obedece. La ley del Señor fue dada a los hombres para ser obedecida. El castigo dado a la desobediencia es severo".

Del Sikhismo (Japji 13-14-15; Asa-Kiwar Pauri 22): "El hombre es para Dios lo que el sirvo es para su Señor. Por lo tanto, necesita obedecer siempre. Quien obedece tendrá honra y felicidad y eventualmente encontrará a su Señor".

Del Taoísmo (Kwang-Tsé 12-2): "El hombre completo y perfecto es el que obedece siempre la voluntad del Señor".

Del Zoroastrismo (Yasna 45-50-6): "El Señor es sabio. Lo que él ordena es bueno para sus súbditos y sus mandamientos deben ser obedecidos. La inmortalidad es la recompensa ofrecida al obediente".

Si el hombre ignora a Dios que es suprracional, ignora sus razones. Plotino va más allá en el camino abierto por Aristóteles en la justificación del absolutismo inmóvil: el primer motor. Ya en Plotino se transparenta el futuro monje de la Reforma, Martín Lutero, que no discute ni quiere discutir las razones de Dios. Si Dios es inalcanzable, sus razones también lo son. Nos queda bajar la cabeza y obedecer.

En Plotino, retórico romano del siglo III, contrariamente a una adhesión a las ideas de la Patrística que para ese momento resultan revolucionarias, se ve un reajuste alrededor del Imperio enfermizo que busca su unidad perdida. Plotino piensa en lo inefable para ver si así alcanza, siquiera a través de las degradaciones de la Naturaleza, al Supremo Ser. En él se va esbozando, en una coincidencia histórica, el Logos de Juan.

Si Plotino diverge de Aristóteles en cuanto al motor inmóvil, la divergencia existe en relación a la Física y no a la Metafísica. A la idea de una multiplicidad de motores secundarios, él reacciona acentuando la ortodoxia de un texto del mismo Aristóteles: "La primera esencia no tiene materia alguna, pues es realidad perfecta". Así, la teología aristotélica por él desarrollada y transformada en teología negativa, de ningún modo invalida la posición absoluta y absolutista del motor inmóvil. De modo que todo ese impresionismo filosófico del neoplatonismo no traiciona ni oscurece el motor inmóvil, espejo en el cielo de los tiranos coronados de Macedonia.

Sin embargo en Plotino, ligado a los cosmólogos presocráticos, encontramos la raíz de esa filosofía de la naturaleza que propone un soplo, un pneuma, una materia increada e inmortal, el "germen de luz" del gnóstico Valentino, y al cual, el emperador apóstata Juliano, intenta dar la última formulación. La misma que después brillará en Giordano Bruno, Francisco de Asís, Averroes, Spinoza, Schelling y William Blake, llegando hasta Bachofen y los contemporáneos Ludwig Klages y Edgard Dacqué. En Plotino no hay sombra de Mesianismo. Hay una parte inmortal en cada ser, aunque ella no se conecta con ninguna consciencia escatológica.

En la fecunda cosecha de herejías, fruto del primer Cristianismo, lo que hay es un inconformismo sin igual, hasta la aparición de Agustín. La antigua Roma se desorganiza y declina. Con la decadencia del Imperio, surgen por todas partes discusiones bizantinas en torno a las tesis de la Buena Nueva mesiánica. Si ésta fue proletaria en sus comienzos, fue porque la Patrística mantuvo una actitud polémica favorable ante los temas comunistas originados por la secta de los Esenios —lo cual

queda confirmado en los "Actos de los Apóstoles"— y revitalizados con el desarrollo de los aspectos sociales, en Roma. Todas las herejías se tiñen de revolucionarismo social. Pelagio quiere la predestinación para todos y ve la gracia de un modo democrático: para todos. Orígenes admite la salvación por etapas, incluyendo hasta al mismo Satanás. Detrás de esas polémicas que saturan los primeros tiempos de la Iglesia, retumban los problemas sociales y, por consiguiente, también la inconformidad ante el Derecho paternalista imperial. Con Agustín el africano, sin embargo, se salva la autoridad de la Iglesia y se salva Dios con la teoría del arbitrio, privilegio y destino del Patriarcado. Los heresiarcas son condenados. La predestinación y la elección predominan en la teoría de la Iglesia, en medio de las ruinas humeantes del Imperio Romano. Si Alarico se apodera de Roma impunemente, aprovechándose de los conflictos del Imperio con Oriente, San León en el 452 detiene a Atila en Italia y, tres años después lo convierte al cristianismo.

No es una simple coincidencia lo que permite transferir a la Iglesia —fortalecida por la tesis internacionalista de la *Ciudad de Dios* y por la tesis aristocrática de la elección— todo el prestigio romano ante el convulsionado final del Imperio. Los fenómenos mesiánicos sobresalen en los traumas sociales y en las desintegraciones.

Correspondería a un africano aportar la sangre nueva que necesitaba el Sacerdocio para el mando.

Además, cabe a la credulidad bárbara ofrecer esa sangre nueva y revitalizadora a los mandamientos y las disposiciones del Cristianismo. Entre nosotros, en Brasil, ocurrió aquel curioso episodio relatado por Claude d'Abbeville, en el cual el cacique Jayuassú se defiende delante de los jesuitas del crimen perpetrado en la persona de la compañera adúltera. El no hizo otra cosa que cumplir lo que le habían enseñado. Otro episodio tomado del mundo de las invasiones sobre los orígenes de la conversión es el de Genserico. Al tomar Cartago, ordenó cerrar los cabarets y darle marido a todas las prostitutas.

En Agustín, el Sacerdocio había retomado su papel de activa centinela del arbitrio. Sólo Dios escoge, sólo Dios elige, sólo Dios salva. Al mismo tiempo, él informa (por eso es Doctor) que sólo la Autoridad de la Iglesia hace creer en ciertos absurdos bíblicos. De modo que, con Agustín, se fundamenta la doctrina de la autoridad y del arbitrio que produciría, desde la Edad Media hasta la Reforma, el esplendor del Sacerdocio Occidental. Quedaba así dominada la crisis del siglo v. El paso del mundo romano hacia la Edad Media a través de la conversión, marcará después, con Guillermo de Ockham, un nuevo énfasis del arbitrio. Dios puede hacer lo que quiere. Para él no hay comprensión ni crítica. Es la entrega pura y simple del esclavo.

Constituye una verdadera novela policiaca seguir la aventura patriarcalista del arbitrio a través de las páginas eruditas de Etienne Gilson. Es una verdadera novela de Dios esa disimulación del arbitrio bajo el

vistoso ropaje del Creador del Cielo y de la Tierra. A pesar del respeto que infunden los griegos, la opinión promedio sobre la ciencia es la de Pedro Damiani. Es el diablo quien inspira a los hombres el deseo de la ciencia y fue ese deseo lo que causó el pecado original, fuente de todos nuestros males. A pesar de eso, el monumento de la teología medieval se basa en Aristóteles. Y para Tomás de Aquino "Dios ama irresistiblemente el orden inmutable".

¿Qué es entonces el tomismo? Un fenómeno de ocaso. Igual que en los comienzos de la ascensión burguesa, cuando aparecen las grandes utopías del Humanismo que se abren a viejas concepciones colectivistas, es en el siglo XIII cuando se produce la gran síntesis ideológica del mundo medieval ya en descomposición. Tanto la Metafísica como la Ética de Aquino reposan sobre las bases mesiánicas del mundo, que incitan al hombre a su destino único: la vida futura, el cielo. Cuando la predestinación agustiniana se convertirá en el virus activo del pensamiento burgués, que a partir de Lutero y Calvino dará todo un linaje de tiburones satisfechos, desde la City londinense a la Wall Street, el profesor dominico llevará el realismo a la fundación de la Sorbona, declarando que la Metafísica es una ciencia mucho más exacta que la Física.

Todas sus sutilezas, todos sus arrobos son para la idea del motor inmóvil, símbolo solar del Patriarcado, ahora revestido de los mitos iconográficos del Cristianismo. Dios es la Trinidad. Tomás se coloca frente al nominalismo como un adepto a la realidad de los universales. "La existencia actualiza la esencia", afirma. En materia política él toma la posición comprometida del filósofo paternalista. Y al respecto desarrolla todo un temario: "Para la perfecta regularización de la vida humana, es preciso la institución de una ley, superior a las leyes natural y humana que amolde los actos de los hombres para su fin trascendente". "Corresponde a la ley inducir al hombre al cumplimiento de su deber". "Como la ley emana de un solo rey para un solo reino, y como el género humano constituye un reino para un solo cetro, el cetro de Dios, sólo hay una ley divina".

A pesar de los problemas políticos de su tiempo y de las luchas entre el Papado y el Imperio, Tomás de Aquino ya sabe legislar el derecho divino de los reyes. El Sacerdocio encuentra en él su consagración como mediador.

Y la sombra de Aquino se proyectará, reaccionaria y triste, sobre cinco siglos del Occidente. Su anhelo había sido arrancar el ser del fluir, imponer el absolutismo inamovible sobre la dialéctica de la Historia.

En las guerras campesinas que inician la Edad Moderna, se ve una marcada tendencia "quiliástica" en las reivindicaciones de los secuaces de Tomás Münzer.

El Cristo del Milenarismo, del Juicio Final próximo, que anima a las huestes revolucionarias del campo alemán, es opuesto al Cristo edulcorado de Lutero. Al respecto, Leopold von Rancke afirma: "Münzer sentía, como sabemos, un gran desprecio por el 'Evangelio Poético' que Lutero pregonaba, por su 'Cristo melifluo' con su doctrina según la cual el Anticristo —el Papa— sería destruido solamente por la palabra, sin recurrir a la violencia".

El año del júbilo estaba a las puertas, ese momento en que "cada uno volvería a poseer nuevamente los bienes heredados y vendidos". Esa subversión de la propiedad terminaría con la adhesión de Lutero a las clases dominantes. Y sería con la espada como el "edulcorado Cristo" destruiría las huestes comunistoides del iluminado Münzer.

De la mística pre-protestante a Jacob Böhm, del Maestro Eckhart a los iluminados que estudió Henri Brémond, existe un linaje de intuitivos que, ateos o no y atraídos por la poesía, darán los acentos desgarrados del "Sturm und Drang" y, más tarde, los del Romanticismo.

Para los grandes místicos, el Mesianismo es un asunto de puertas cerradas y, por lo tanto, un asunto que dispensa el Sacerdocio. Teresa de Jesús siente la presencia física de Dios y la siente, con certeza, más en la intimidad de su celda que en la confesión auricular. Allí, el intermediario sólo puede comprometer el *rendez-vous*.

El contacto místico provenía del carácter orgiástico presente en Grecia (misterios órficos, fiestas dionisiacas) y que aún se conserva entre los pueblos primitivos, llegando a ser, en el civilizado, la más secreta de las experiencias íntimas.

Roger Bastide, en su libro sobre la vida mística basada en textos musulmanes y cristianos, señala que Dios vacía al paciente para después llenar el vacío con su presencia; y producir un estado de tensión de todo el ser.

Se trata de una lucha terrible entre las potencias del instinto y aquellas de la voluntad, esclava del mito actuante. Los iluminados son los atletas de Dios, o mejor aún, sus entrenadores. La noche en que el Beato de la Biblia perdió a favor del Angel, marcó el inicio de esa terrible práctica mágico-masoquista donde la entrega adquiere proporciones que hoy son estudiadas y definidas por la patología.

La mística pasa a ser una enfermedad, con la desaparición de las actividades superficiales. Es la teopatía, o aniquilamiento, o calcinación. Atenuada, produce simples fenómenos de mitomanía.

Esa capitulación del contemplativo que supera los recursos de la razón, ha armado muchas veces en la Historia, bajo el mando del Sacerdocio, el brazo secular. ¡Peor para el que no cree! De ella nació El Corán,

y de ella se han alimentado los libros santos de más de una religión activa. Recordemos, por ejemplo, la Cruzada contra los albigenses pregonada por Santo Domingo.

En la crisis sacerdotal del siglo xvi hay dos posiciones claras tomadas de manera definitiva para los destinos del Cristianismo.

Con todos sus atropellos y sus errores —la corrupción romana, la tiranía apostólica, la venta de las indulgencias— el Catolicismo conserva la línea tomista que aporta, además de la sociología de la limosna, un vago olor a colectivismo. Así, ante la irrupción del burgués vencedor, para quien la acumulación de bienes terrenos emancipa de los ancestrales compromisos con Dios conduciéndolo del liberalismo al ateísmo, la reacción de la Iglesia Católica es muchas veces de una violencia polémica de primer orden. En efecto, ya la Escolástica afirmaba como principio: "Las personas que hacen préstamos a interés no deberían encontrar más tolerancia por parte del Estado que el que encuentran las prostitutas: ambos oficios caen bajo la prohibición del Derecho Natural". Para aquellos que todavía conservan los preconceptos medievales del "justo precio", el ideal de la sociedad burguesa consiste en: "chupar la sangre de la viuda, quitarle la herencia al huérfano, oprimir, sofocar, devorar al pobre que no tiene la fuerza de resistir, y construir su propia casa sobre la ruina de veinte familias".

Liberado por la teoría de la gracia, el protestante sigue un camino distinto. En la santidad, en el puritanismo y en el ascetismo de Benjamín Franklin, se inserta inconscientemente la psicosis del lucro: "Si amas la vida, no pierdas tiempo, puesto que el tiempo es la substancia de la vida. Qué tiempo inútil gastamos en dormir, olvidando que la zorra que duerme no agarra gallinas y que, en la tumba, tendremos tiempo de dormir por toda la eternidad". Sus dictados son: "el tiempo es oro" o "Ahorrar, ahorrar, ahorrar".

Con la superación del mundo medieval, el Patriarcado sufre los primeros embates del espíritu moderno. A través de los artistas del Renacimiento, se redescubre el cuerpo humano. Con Descartes, la razón afirma que ella existe, y la ciencia, con las técnicas del pensamiento, funda un amplio imperio hasta ese momento insospechado. Se trata de dos incalculables conquistas: por una parte, el hombre tiene cuerpo y razón; por la otra, Spinoza, al unir Dios y Naturaleza le devuelve al alma su sentimiento cósmico, libre de las imposiciones del Sacerdocio y de la Iglesia.

Antes de esto los humanistas, desde el fondo de sus utopías revolucionarias, lanzaban las primeras ofensivas contra la ortodoxia absolutista. Erasmo afirma que "los príncipes cuidan más de sus rufianes mercenarios que de sus súbditos". "Verdad es que ellos se sirven de aquéllos para dominar al pueblo". Es también Erasmo, junto a Tomás Moro,

quien levanta la voz a favor de la justicia internacional y de la paz. Junto a él, Hugo Grocio, reviva las tesis del Derecho Natural, y Campanella restaura el ideal de la República platónica, indicando el modelo matriarcal de Esparta.

Por más que surjan contradicciones en el pensamiento humanístico, optando unos por la monogamia, otros por la posesión común de las mujeres, en todos se encuentra, sin embargo, el germen de la inquietud que llevará a los progresos de la nueva época y a la amenaza del Mesianismo. Bacon de Verulam expresa muy bien el sentimiento de que, mediante la ciencia, se develarán los misterios del mundo y se abolirá el atraso en el cual está hundida la humanidad. En la "Nueva Atlántida", uno de los principales fines sería "el descubrimiento de las causas y el conocimiento de la naturaleza íntima de las fuerzas primordiales y de los orígenes de las cosas, a fin de que el imperio del hombre se extienda sobre toda la naturaleza y para que él ejecute todo lo que sea posible".

Dos figuras decisivas marcan el descrédito de la ortodoxia mesiánica, antes de la aparición racionalista de Descartes. Son Rabelais y Montaigne.

Sin embargo, lo que hace estremecer y derrumbar el edificio de la Edad Media, visionario, sacerdotal y castellano, es el advenimiento económico de la burguesía. Más que la pólvora de los cañones, es el dinero en su validez anónima lo que anula los privilegios de la nobleza feudal y de la clerecía usufructuaria. En una gigantesca operación de compensación ideológica, lo que ahora se busca es el éxito en la tierra. El triunfo en el cielo importa menos que la moneda a la vista, contante y sonante. La separación abismal entre la Edad Media y el Renacimiento surge por la aparición del dinero burgués. Con él, nace la iniciativa, el crédito, la técnica. Los documentos bancarios y el papel moneda inventado en China en el siglo XIII, fluidificarían de tal manera el poder monetario que los valores vitales debían ceder ante la expansión de los valores económicos producidos y multiplicados por todas partes. La ciudad, frente al castillo, es el secreto de la transformación diabólica del mundo. La ciudad es el mercado, la ciudad es el deseo que estimula la producción. El burgués aún no se había convertido en el explotador genialmente descrito por el novelista Marx. El es el enemigo número uno de la servidumbre del campo. "El aire del burgo produce libertad", dice un proverbio alemán de la época. La ciudad trae en su barriga el banco y el préstamo. El señor feudal que conserva la economía de Dios, naufraga en la deuda, hija dilecta de la prodigalidad. En la ciudad, el burgués economiza. El dinero es el agente anónimo de su fuerza. Junto con la pólvora, él destruye las pesadas murallas donde se refugia impotente el señor del latifundo. Es a través del dinero, y por lo tanto, del crédito como el burgués inicia su emancipación. El hombre común ahora puede ser alguien. Quedan abolidos los privilegios que sobresalían en el fondo amargo de las explotaciones medievales; el barón feudal.

La burguesía, mientras tanto, se rodea de todas las precauciones paternalistas. Es la familia monogámica frente a la degeneración del castillo. De esa misma época data la institución de la monogamia entre los judíos. Y el Derecho Romano resurge porque es el Derecho que garantiza y defiende la propiedad. Un regreso a las 12 Tablas. Es el Derecho que sustenta la herencia. Es el Derecho que tutela a la mujer y la deja incriminada en manos de los agnados. Pero ella se vengará: una vez, en la Roma patriarcal, fueron condenados a muerte el mismo día, ciento setenta esposas por haber envenenado a sus maridos. Ahora se atenuaba el conflicto. Engels dice que el matrimonio monogámico vive sobre dos muletas: el adulterio y la prostitución.

Pero la gran crisis es la crisis del Sacerdocio. El apogeo del Papado, en su conexión con el Santo Imperio Romano, provoca odios y disensiones. Se va labrando la corrupción en el mundo religioso. Y en el horizonte de las herejías, iluminado por la hoguera de Giordano Bruno, surge la figura apasionada del monje Reformador. Para él, Roma es la "sangrienta prostituta de Babilonia".

La primera actitud de Martín Lutero es la liquidación del celibato sacerdotal. El sacerdote pierde así su vestalidad. Pasa a ser hombre sin misterio, hombre observado por la intimidad de la familia. Por otra parte, el Reformador suministra las bases para la fuerza moral de la burguesía. Es la doctrina de la gracia. Dios elige a los beneficiarios del lucro. Contra el Sacerdocio, que es ocio sagrado, surge en su virulencia el negocio, que es la negación del ocio.

Y sobre el papel dinero, sobre el crédito y la transacción fiduciaria, se yergue el mundo del banco, del comercio y de la industria. El mundo se transforma en crédito. El crédito baja a la tierra, desvalorizando las promesas de una supervivencia inútil como un bostezo eterno. La burguesía es la acción, la inquietud, la gracia inmediatamente negociada. Puede aplastar a los débiles que se interpusieron en su camino. La justificación mediante la fe es la gran arma del arbitrio. Parece que el pecador Lutero teme la justicia de Dios. "¡Sólo la gracia es la que salva!", clama desesperado. En la lucha contra el Papado apela al poder secular y proclama que el príncipe puede definir el dogma. Pero, en las alas del negocio Lutero colocaba la destrucción de la misma fe. Es con él que realmente declina el Mesianismo. Algunos siglos más tarde, un creyente, el francés Bernanos, pasará el público recibo de la descristianización de Europa.

El negocio es la inmoralidad fecunda. De la insensibilidad de los precursores del capitalismo saldrá la fuerza terrena de la revolución indus-

trial. He aquí cómo Lutero define su propio estado de elección: "Un día Dios mirará hacia nosotros sonriendo, nos engalanará con una corona incorruptible y nos dirá: 'Confesaste que yo era el Señor, suplicaste mi nombre. ¡Muy bien! Que fuiste pecador, poco me importa, basta haber creído en mí y haberme conferido toda la honra. Así testimoniaré por vosotros delante de mi Padre Celeste'".

Como se ve, es un contrato al cual solamente le falta la confirmación notarial. Todo el espíritu de la transacción burguesa está en la Reforma.

Frente al luteranismo y a las formas osadas o prudentes que él suscitó contra el Papado, surge una orden militante: la de los guerreros de Ignacio de Loyola.

Este jesuita intenta limitar la ofensiva de la Reforma y logra vencer, en Francia, al espíritu jansenista que de ella se había derivado. Sin embargo, impotente ante la fuerza de las comunidades protestantes, parece desertar a Europa y luego a América para fundar allí su anhelado Imperio Teocrático.

Octave Hamelin afirma que Descartes viene después de los pensadores antiguos, pasando por encima de la Edad Media como si fuera una página en blanco.

Pero en Descartes, nuevamente, la cobardía le rinde homenaje al Absolutismo. Sus ideas claras y distintas, que la razón descubre en sí misma, repiten el concepto medieval de Dios: ser infinito, perfecto, todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, y que hizo el hombre a su imagen y semejanza. La duda desaparece al claror de las hogueras de la Inquisición. Pero permanece el *Cogito*.

Veamos la ruta mental del *Cogito*. Data desde Agustín y su formulación completa es *Cogito ergo sum*, que un filósofo definió posteriormente. Soy pensado, o, mejor dicho, soy objeto de cogitación, luego, existo.

Ya en Agustín está el total descubrimiento del *Cogito*. Citemos a Hamelin, la página 122 del "Sistema de Descartes": "Porque en el libro II, del Libre Arbitrio, Alípius, discutiendo con Evodius y queriendo probar la existencia de Dios, dijo: Ante todo y a fin de que comencemos por las cosas más manifiestas, os pregunto: si no existieseis no podríais ser engañados".

A pesar de los desdenes de Descartes, en quien Arnauld ve puntos de contacto con las ideas de Agustín, evidentemente la ruta del *Cogito* es una sola. Yo dudo, luego, pienso. Si pienso, existo. Al cual se le puede añadir el texto de Descartes sobre el genio maléfico: "Pero, hay algo engañador, muy poderoso y muy astuto, que pone todo su arte en engañarme siempre. Sin duda alguna, pues, es cierto que yo existo si él me engaña".

Con Descartes, se dibuja el inicio del mundo moderno. Su libro de apoyo a las teorías de Galileo fue quemado por él mismo. Pero en medio de las farsas, las palinodias y las huidas, lo importante era fundar una ciencia sobre la validez de la razón. Aunque todavía quedara, como manifestación del inconciente de Descartes, aquella idea del *malin genie* que tanto lo aproxima al pensamiento primitivo.

Descartes nunca fue psicoanalizado. Su *J'avance masqué* debió haber llamado la atención a muchos críticos y analistas por todo lo que ocultaba dentro de la algarabía clásica del *Discurso del Método*. Antes que nada lo interesante era el título. El método hubiera sido quizás la única manera de liquidar la locura medieval, la locura de Dios, la locura servil de millones de seres asfixiados por el terror que cultivaba la Iglesia. No hay locura metódica. Coordinar bien las ideas era el cometido básico capaz de destruir el irracionalismo que procedía de Pablo, Plotino y Agustín.

Dos afirmaciones se sostienen en medio de la mórbida conversación del *Discurso del Método*: el Hombre existe, es una realidad. Ese Hombre duda, duda de todo, por lo tanto, puede dudar hasta de Dios.

Sobre ese doble pedestal se levanta la conciencia moderna, y por eso la gloria de Descartes va más allá del hecho de haber sido el padre de la ciencia. En lo restante, Descartes, al contrario que Spinoza, se arrodilla ante la imagen del arbitrio medieval que, por la pura libertad de su voluntad, creó al hombre.

La Reforma había roto la magia del Sacerdocio. Ella había adoptado la libre investigación. La prosperidad en los negocios es un signo de elección. El pastor se convirtió en un simple consejero, puesto que, por obra y gracia, cualquier embustero puede tener el cielo garantizado. Las sectas se dividen y subdividen según la voluntad de los grupos. Y cada uno puede tener su culto preferido.

Se cae de las manos del sacerdote el poder de juzgar y condenar. Transferida de lugar la gran instancia de Dios, todo se convierte en un asunto de conciencia. Cualquier mortal hace sus cuentas directamente con Dios. Y ello descentralizaba las iniciativas del capitalismo que prosperaba en los países reformados portadores de materia prima. El anglicanismo es primero una teología del tejido, y después lo será del carbón. Así es posible la plusvalía del proletariado indefenso y recién formado, sin renunciar a la moralidad.

Alejada de su esplendor unitario, la Iglesia de Roma ve cómo la disensión hace estragos en sus reducidos dominios. Se había acabado el

tiempo en que un Papa era capaz de detener a un Atila. Se había acabado el tiempo en que Inocencio III condenaba la Magna Carta y Gregorio IX deponía al emperador Federico II. Se había acabado el tiempo en que Carlos V cambiara su imperio por la estameña del monje.

Los jesuitas siguen formando la vanguardia de Dios. Pero provocan feroces y obstinados rechazos. Nos acusan de dominar el Concilio de Trento que pasó a ser considerado por los protestantes un cónclave no doctrinal sino político, instrumento del Anticristo y de Satanás.

Calvino llega a declarar, incluso, que los concilios no pueden juzgar la palabra de Dios, sino que cabe a ésta el poder de juzgarlos. La palabra de Dios está en las manos de los príncipes que pueden definir el dogma. La reunión de Trento se arrastra casi durante veinte años (1545-63), sin desviar un ápice a los protestantes de su intransigencia contra la unificación del culto. Con Calvino, el Sacerdocio se recupera de su entrega al Estado, de acuerdo a las condiciones políticas de la Alemania luterana. El pastor que acompañará el desarrollo de los Estados Unidos se mantiene autónomo y se niega a ser manipulado.

Dentro de Francia, a principios del siglo XVII, se traba la lucha entre los jansenistas partidarios de la gracia y los jesuitas partidarios de las obras, y son estos últimos quienes consiguen una mediocre victoria. El iluminismo, el quietismo, el misticismo, finalmente abren el camino al ocio, hacia la inactividad y la huida. Incluso en la militancia jesuítica surgen los iluminados. Algunos de ellos consideran los *Ejercicios Espirituales* de San Ignacio como cosas de niños que apenas enseñan a caminar.

Es Maine de Biran quien exclama así: "¡Oh buen Fenelón, ven a consolarme después de una lectura de Pascal! Tus divinos escritos disiparán este velo con el cual el jansenista recubrió mi corazón, como la dulce púrpura de la aurora expulsa las tristes tinieblas".

Fenelón llevaría hasta Francisco de Sales, frente al siniestro regreso a la dádiva esclava y fatalista que viene de Calvino, mucho más que de Agustín. "Dios, espero seros fiel porque me disteis la voluntad de cumplir la vuestra".

Los *Ejercicios de piedad para uso de las religiosas del Santísimo Sacramento de Port-Royal*, van mucho más allá de una técnica de reblandecimiento de la voluntad como son los *Ejercicios espirituales* de San Ignacio de Loyola. Es nuevamente la locura de Dios. "Yo os pido, Señor, el poder de mirar de lejos los rayos que se desprenden de vuestro rostro, para que ellos me ayuden a marchar en la profunda noche de mi destierro". Estamos en el pleno apogeo de la Negatividad.

Durante cierto tiempo Francia se vio amenazada, por la pasión jansenista, de quedar sumergida en el irracionalismo pascaliano.

Más práctico y más frío en su intimidad con Dios, el jesuita se acomoda a su gusto, para que sus ejercicios sublimen "los consuelos, las lágrimas y todo lo demás", según la frase de Brémond.

Su ascetismo no lo deja alejarse del suelo, en el cual entierra bien los pies ávidos de seguridad y de mando: sigue siendo un soldado.

Al lado de las dos corrientes que prometen quemar o esclavizar a Francia, se produce la victoria de la mediocridad afable de Francisco de Sales. Una sonrisa entre dos infiernos. Es el promedio místico. La visita a los enfermos, la caridad, la instrucción. Su libro se llama *Introducción a la Vida Devota*. Será más afortunado que los catecismos apocalípticos de Ignacio y de Jansenio. Con Francisco de Sales, el Sacerdocio sale a la calle, entra en las casas, consuela al enfermo y baja sus viejas pretensiones intelectuales ante el libre pensamiento de los enciclopedistas. Continúa y sobrepasa el socorro anónimo de Vicente de Paul.

La polémica de la Ilustración se resiente de la idea mecánica del mundo que propone Newton. Cuando no hay ateísmo, es el Dios relojero de Voltaire quien aparece como el ordenador del mundo.

Los pensadores ingleses adquieren, en ese momento, una importancia fundamental en cuanto la revelación pasa a un segundo plano y se empieza a buscar, finalmente, la legitimidad de la fe mediante la razón.

Empieza a considerarse el Cristianismo desde el punto de vista ahistórico. Su moral es vieja como el mundo. La religión es algo natural.

Según la tesis sensualista de Hume, la religión viene a ser una cuestión de sentimientos. Y la ley de causalidad puesta en jaque, debilitará directamente el concepto de Causa Primera.

Locke influyó sobre Jean Jacques Rousseau. Pero el que define el error definitivo respecto al Cristianismo es Voltaire, según el cual la "religión, cuando no es locura es bellaquería".

Sin embargo, Voltaire matiza la buena fe de ese grupo de adeptos con un vago deísmo que llega hasta Mirabeau, en plena Revolución Francesa. Lo cual repercute razonablemente en Inglaterra y en América. El mismo Benjamín Franklin, sin abandonar la severidad de su posición consecuente sobre los compromisos ancestrales con Nueva Inglaterra, no deja de participar en ese culto a la razón que, al final, no pasa de ser el culto a una razón de clase: la razón burguesa. La lucha contra los viejos prejuicios se extiende. En la Declaración de la Independencia de los Estados Unidos, se anuncian "verdades evidentes por sí mismas". "*Aimez donc la raison!*". Esto llega hasta Boileau, y la codificación se ejerce sobre la misma poesía.

Existe pues una confusión donde se mezclan, el concepto newtoniano del mundo, la religión natural, Santo Tomás de Aquino, Cicerón y Aristóteles. Pero, de hecho, se trata de hacer mover al mundo. La ciencia

y la técnica intentan producir en la tierra aquel cielo tan larga y desanimadamente prometido por el Mesianismo.

Kant divulga en sus tesis la problemática del siglo XIX. Si por una parte la Revolución Copernicana —revigorizando a Platón— construye sobre el concepto las bases de todo idealismo, por otra parte, sus antinomias le abren camino a la dialéctica de Hegel. El conocimiento del mundo a través de la ley moral es la máscara ecuménica que la política, la posición tomada y el interés partidario, colocan sobre la realidad. Al mismo tiempo, su criticismo es fecundo de indagaciones. En él, la razón vacila.

Pero es en Hegel donde se desenmascara el proceso de la Negatividad, donde se historifica el progreso mediante la negación. En los sistemas cerrados del pensamiento, Hegel introduce una nueva dimensión: el tiempo. Y con ello pronuncia la Relatividad.

El siglo XIX se abre, episódicamente, con la desgracia de Pío VII. Por culpa de un divorcio no permitido, Napoleón encarcela al Papa. Con la caída del Emperador parece que Roma recuperara su viejo prestigio: es la Santa Alianza. La Filosofía Positiva, así, tiene un ímpetu de precisión que permitirá el nacimiento de una nueva ciencia: la Sociología. Y por toda Europa el liberalismo levanta banderas y barricadas. Llega el año 1848. En ese momento aparece uno de los mayores documentos de la Historia, el *Manifiesto Comunista* de Marx y de Engels. Como curiosa réplica, Pío IX se ve obligado a huir de Roma. Y vemos a Garibaldi, en el testimonio de Bachofen, “vestido de rojo, sobre un caballo blanco y seguido de uno negro” atravesar las calles de la Ciudad Eterna, en medio del delirio de la multitud. En la década del 70, con un pequeño intervalo, se consolidan otros dos grandes acontecimientos: la Comuna y la derrota del Papa, quien pierde la *Civitas Leonina* al constituirse el Reino de Italia.

El Sumo Pontífice es ahora un prisionero en la jaula dorada del Vaticano. Un resentido que inútilmente espera el día siguiente.

Al reaccionario Pío IX, quien había producido el *Syllabus* y había proclamado el dogma tardío de su infalibilidad, le sucede el sabio León XIII, el cual realiza la primera encíclica social. Pero es el gran Papa que juega un terrible papel en el Cristianismo: condena al socialismo.

Cuando el siglo termina, un filósofo norteamericano, Josias Royce, decide salvar el Cristianismo. Entre la personalidad del Hombre Dios y el sentido comunitario y social del Cristianismo, Royce opta por este último atribuyéndole mayor importancia. Cristo fue el estímulo, pero lo importante es el sentido ecuménico de su enseñanza. La experiencia

cristiana es social y no individual. El apóstol Pablo sería el fundador de la comunión evangélica. Para Royce, el pecado original no es sino el conflicto entre individuo y sociedad.

Como se ve, el Mesianismo tiende a su fin. Muy lejos de Royce, anterior a él y opuesto a él, en Copenhague aparece otro cristiano al cual se le ataca por su oposición a la Iglesia establecida. Su vida es un inmenso diálogo con el Dios de la tradición, que él comienza llamando "nuestro enemigo mortal". De su boca pareciera salir el grito de Job: "¡Ah, si fuese posible tener a un árbitro entre el hombre y Dios!".

Es Sören Kierkegaard quien, en la historia de la Negatividad, se afirma como sujeto. El insurge contra lo que supone la eterna regla de la vida. Son tan sólo las leyes del Patriarcado las que lo conducirán a la conclusión de hacerle reclamar a la existencia el milagro de la "Repetición". Vivir para él es vivir en la enfermedad mortal. Sabe que "el hombre natural y el niño ignoran lo que es horrendo, pero el hombre sabe y tiembla". Llega a los límites del Patriarcado.

Las condiciones del mundo en el apogeo de la revolución industrial, encontraron a su gran analista: Karl Marx. *El Capital* no es solamente la teoría económica que encierra el sueño político que propone; es sobre todo la determinación psicológica y social de las clases en lucha. Para no recurrir al padre del socialismo científico, considerado parcial, veamos lo que ocurría en el siglo XIX a través de un católico de nuestros días, un escritor norteamericano. En su libro *Ascenso y decadencia de la burguesía*, Emmet John Hughes reproduce las declaraciones de algunos trabajadores, resultado de una encuesta sobre la vida en las fábricas y en las minas realizada en 1832. He aquí algunos párrafos: "¿A qué edad empezó a trabajar en la fábrica? A los ocho años. ¿Qué horario tenía? Desde las seis de la mañana hasta las nueve de la noche. ¿Qué pasaba si llegaba tarde? Me maltrataban. ¿En las fábricas hay castigos corporales? Siempre. ¿Es difícil estar en la fábrica sin escuchar un llanto constante? No pasa una hora sin oírlo. El obrero, en seguida pasa a relatar su infancia: 'Cuando me levantaba tenía tal tristeza que solía correr y llorar por todo el camino'. Esta es la declaración de Mathew Crabtree". Veamos todavía la de una joven de 17 años, Patience Kershaw: "Todas mis hermanas trabajaron arrastrando vagonetas, pero tres se fueron a la fábrica. Alice, porque sus piernas se hinchaban ya que debía trabajar en agua fría mientras su cuerpo estaba caliente. Nunca fui a la escuela de día; voy a la escuela los domingos, pero no sé leer ni escribir. Me voy al pozo de la mina a la siete de la mañana y vuelvo a las cinco de la tarde; comienzo desayunando *mingau*¹ y leche; me llevo la comida, un pan, y voy co-

¹ Especie de cocido con harina de trigo o mandioca (N. de la T.).

miendo por el camino; no me paro ni descanso para comer; sólo lo hago cuando vuelvo a la casa, y entonces como papas y carne; pero la carne no es todos los días. Trabajo con la ropa que tengo puesta en este momento, una falda y una chaqueta rota. El pelo se me cayó de la cabeza, por estar arrastrando vagonetas; mis piernas nunca se hincharon, como las de mis hermanas cuando se fueron a trabajar en la fábrica; además arrastro las vagonetas durante un milla, a la ida y a la vuelta; ellas pesan trescientos CWT; hago ese trabajo once veces al día; uso un cinturón cualquiera para arrastrar las vagonetas hacia afuera. Los cavadores con quienes trabajo andan desnudos; a excepción de una gorra, se quitan toda la ropa; los veo trabajando cuando subo; a veces ellos me pegan con las manos cuando no voy suficientemente de prisa; me golpean en la espalda; los muchachos a veces se toman libertades conmigo y me agarran; yo soy la única muchacha en la mina; hay cerca de veinte muchachos y quince hombres; todos desnudos; yo preferiría trabajar en una fábrica y no en una mina de carbón”.

Como puede verse, no hay exageración alguna en todo lo que escribe Marx sobre la época de la gran expropiación de las tierras comunales inglesas “cuando los carneros devoraban a los hombres”.

Basado en una aplastante documentación, Marx y Engels trazan el nuevo evangelio que es el resultado de aquella rectificación ideológica cuando, en el siglo XIX, se transfiere al éxito y a la prestación de cuentas en la tierra, lo que la humanidad occidental, alentada por el Sacerdocio, suponía que residía en el ciclo.

Frente a la confortable morada de la burguesía y a su vida fastuosa, Marx le coloca revolucionariamente el *cortijo*². Y entre ambos, la fábrica. Y es tal la fuerza profética de este Moisés que, igual que el otro, cae a las puertas de la Tierra Prometida, que inmediatamente se fijan las bases dogmáticas para la lucha del proletariado. Helas aquí: A) las leyes, las costumbres, la literatura, la filosofía son consecuencias de la estructura económica de la sociedad. Son su superestructura; B) es el mismo proletariado, como clase, quien debe decidir sobre sus asuntos; C) la toma del poder de parte de los trabajadores será una dictadura de clase.

El nuevo Mesianismo se consolida. Al final de la lucha nacerá la supresión del Estado. Es el mismo Stalin quien declara, en su fogosa militancia: “El Estado tendrá que mantenerse ante el cerco capitalista. Sólo podría eliminarse si se liquidara ese cerco”. Pero Marx dijo: “Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista, se interpone el período de la transformación revolucionaria de una en otra. A ese período le corresponde también un período político de transición, cuyo Estado no puede ser otro más que la dictadura del proletariado”.

² Serie de casas humildes recostadas entre sí, alineadas alrededor de un patio y cerrado el conjunto por un gran portón de entrada. En cierta forma, es una versión de la casa de vecindad (N. de la T.).

Las premisas de Marx se afirmaron en la actualidad de la URSS. El estado de Negatividad, el segundo término de Kojève, que debía ser superado, se consolidó en el sectarismo obrero. El obrero evolucionó, ya no es lo que Marx demostró en las terribles páginas de *El Capital*, ya no es el que llora en las declaraciones de Hughes, ya no es aquel que muere —según la constatación de los sacerdotes católicos— igual que las costureras de París después de 36 horas consecutivas de trabajo. Por otro lado, al desmoronarse la sociedad burguesa se produjo una inmensa y creciente proletarización. ¿Qué es hoy el proletariado? En sus indefinidas fronteras se reúne una humanidad ardiente que reclama la repartición de la plusvalía. Sería ocultar la realidad afirmar que, fuera de la URSS, a través de las leyes sociales, no se lleva a cabo un fenómeno en continuo ascenso de redistribución de los lucros. Evidentemente, ciertos grupos todavía detentan en sus manos privilegios abusivos. Y contra ello se lucha de todos modos.

Pero el mundo cambió. Lo que era Mesianismo, fenómeno de caos, en la sucesión de la crisis circunstancial que al final desembocó en la crisis de estructura del régimen burgués, se convirtió en sacerdocio terco y en dogma inmutable en la URSS. Hubo un grosero escamoteo del problema. Al evolucionar la clase trabajadora, perdidos sus límites, la dictadura de clases fue sustituida por la dictadura de partido. El fenómeno que llevó al fascismo se instaló en el corazón revolucionario de la URSS y ocasionó el colapso de su alto mensaje.

En el preanuncio actual de un nuevo Matriarcado, que se manifiesta en la crisis del parentesco donde ya casi nadie intenta ser padre, esposo, hijo, el marxismo militante se radicó en el sector de la propiedad. El Estado que se había reforzado para poder extinguirse, prolonga y fortalece sus arsenales de guerra, con el argumento, sin duda exacto, de su lucha contra el imperialismo.

El marxismo militante se amoldó a la economía del Haber (Patriarcado) escapando a las imposiciones históricas de la economía del Ser (Matriarcado).

Y en la alienación por el dinero, en la filosofía del dinero, se continúa dentro de la actualidad rusa, la ambición enunciada por la economía del renacentismo. El Estado asume la idolatría del dinero. Y para inmovilizar con férreas ataduras policiales a la masa sofocada, en el espíritu de la ruda fórmula de Pablo "quien no trabaja no come", utiliza la lógica de Aristóteles y la metodología de Sorel, dentro de la cortina de hierro de sus límites geográficos y políticos.

Supongamos que, dialécticamente, después de la tesis —burguesía— y de la antítesis —proletariado— viniese la síntesis, que sería una unión práctica entre el comunismo y las clases progresistas de la burguesía. Ello se

produjo, para ganar la guerra, con la Conferencia de Teherán. De Stalin, nuevo Julio César, hombre de espada y de libro, se esperaba el arreglo dialéctico. El había sabido demostrar, contra Trotsky, que un Estado Socialista podía subsistir al lado del mundo burgués. Su delegado en los Estados Unidos, el escritor Earl Browder, secretario del Partido Comunista Norteamericano durante 15 años, señalaba la dirección a seguir. Tracer para la paz la misma alianza que había ganado la guerra. En su libro titulado *Teherán* mostraba la síntesis de las fuerzas políticas victoriosas. ¿Qué sucedió, sin embargo? En poco tiempo, "la enfermedad infantil del comunismo" recrudesció y tomó campo en el cuerpo místico de la militancia soviética. Stalin, quien en un último acto coherente había disuelto la IIIª. Internacional, permaneció inerte ante la reconstrucción del Partido Comunista Norteamericano que Browder, consecuentemente, había liquidado. Y el mismo Browder se veía expulsado de su antigua organización.

Stalin no era el mismo. Prisionero o no del *Polit-bureau*, había aportado la dialéctica de la Historia, de la cual había sido su activo mensajero.

El nuevo Mesianismo había abandonado su fase de recuperación psíquica, originada como siempre en la depresión de las masas y en el caos social, y entraba en su fase dogmática. Era el último avatar de los sistemas disciplinarios que habían dominado el mundo cristiano. En vez de la esperada síntesis entre la burguesía progresista y el comunismo, otra era la que se manifestaba en los umbrales ideológicos de la URSS: la síntesis entre la Reforma y la Contrarreforma. San Ignacio y Lutero se daban la mano en el A-B-C de Bukarin. "Es la voluntad divina la que decide si un acto es bueno o malo", escribía el monje de la Reforma. Ahora era el Partido el que decidía, imponiéndole a sus catecúmenos el *Perinde ac cadaver*. Bajo el signo de la acción, los nuevos legislados perdían todo contacto con la crítica y la autocrítica y, sin darse cuenta, se hundían en los dominios de la Ontología, la Apologética y la purificación, mediante la expurgación.

Lenin ya había declarado su horror ante cualquier escepticismo. En sus manos triunfantes, el marxismo deja de ser método para ser trascendencia. Gracias a sus secuaces, queda creada la metafísica proletaria.

No es casual que Jean-Paul Sartre denunciara como operación idealista, la reducción del espíritu a la materia, según la teoría marxista-leninista.

¿Quién hubiera previsto, quién hubiera osado soñar que el Mesianismo en que se bipartió la religión de Cristo (Reforma y Contrarreforma) iría a prosperar en el terreno bravío de las reivindicaciones materialistas del marxismo? Una pequeña corrección en el texto de los *Ejercicios espirituales* hubiera dado esta proclama comunista: "mi deseo es conquistar a los

pueblos que están bajo el dominio de la burguesía. Que todos luchen como yo para que después de los sufrimientos lleguen las fiestas de la victoria". En el fondo, sigue brillando la promesa mesiánica.

Gracias a las condiciones históricas del progreso técnico y social, el trabajador dejó de ser el pilar de las tesis románticas de Marx. Pero la autocrítica desapareció. Toda la crítica naufraga en el sectarismo. El perfecto militante es el mismo muñeco fariseo del puritanismo, socrático o norteamericano, que se presentó al mundo para edificarlo, con su actitud pedante, cretino y faccioso. Y no sería extraño, una de estas noches, escuchar por la boca universal de Radio Moscú que fue proclamado el Dogma de la Inmaculada Revolución.

Si Lorca fue asesinado en Granada, Maiakovski se suicidó en Moscú. Son los imperativos de la acción, explican los justificadores de los regímenes de terror.

Hoy, el deber de todo bolchevique ya no es ser internacionalista, sino ser patriota. Quien da esta información es Andrés Jdanov, el Torquemada rojo, en un congreso que convoca con el fin de desmoralizar al viejo profesor de Filosofía, Alejandrov. El crimen a éste imputado es el de ser "objetivo" en su manual destinado a las clases superiores. Sucede que, después de la consolidación de la URSS, existe una "mecánica celeste reaccionaria" y una "genética capitalista".

Jdanov se hizo famoso gracias a la condena que le impuso —como secretario del Partido Bolchevique— a algunos de los más grandes compositores del siglo, entre los cuales estaba Shostakovich y Prokofieff. El filisteo los acusaba de apasionarse en combinaciones caóticas de sonidos que producen cacofonía. Su música estaría compuesta de ruidos discordantes que hieren el oído. En una resolución del Partido, esa música —según se declara— recuerda la música burguesa contemporánea de Europa y de América, y por consiguiente, no es oportuna. Es como la ópera italiana, que quiere salvar el mundo.

Al contrario que los músicos, los pintores de la URSS, gracias a sus líderes modernistas, fueron más afortunados. Un ingeniero, Sajeve, luchando contra el naturalismo que el Partido intentaba imponer, afirmó que "se pueden expresar ideas no solamente a través del tema, sino a través de la misma pintura". Y el célebre escultor Mukhina, declaró: "El arte nace de una concepción emocional del mundo que es la del artista".

Si en la URSS el arte había sufrido restricciones y debates, la Ciencia tuvo su proceso cuando Lissencko hizo su conocida intervención en el campo de la Genética, en la "Academia Lenin de las Ciencias Económicas", en 1948.

La actitud del presidente de esa Institución moscovita, fue clara y amenazadora. Acusó nada menos que a la "genética reaccionaria" de idealismo, diciendo que ella proclama "una materia hereditaria inmortal que gobierna el cuerpo que perece, pero que no nace de él".

Es fácil identificar allí el viejo esperma cósmico de los neo-platónicos, el pneuma, el plasma de Paracelso, la materia inmortal de Spinoza, y en fin, un concepto de la filosofía clásica que no trae en sí implicaciones metafísicas reaccionarias sino que puede producir tanto un Mendel como un Dacqué. Pero el Partido se siente amenazado por la rigurosa exactitud de las tesis mendelistas. ¡Ellas pueden llevar a una idea de la inmortalidad del alma y de Dios!

No hay compromiso alguno con el viejo mesianismo inmortalista en la doctrina de Mendel y en la del biólogo norteamericano Morgan. Quien se compromete, por el contrario, es Lissencko, cuando afirma asombrado que "los morganistas-mendelistas, siguiendo a Weisman, parten de la idea de que genéticamente los padres no son padres de sus hijos. Creer en su doctrina es afirmar que padres e hijos son todos hermanos entre sí".

Aquí queda definida la esencia total del Patriarcado. La posición de Lissencko es rigurosa. El Padre tiene que aparecer. Cuando el Mendelismo formula la identidad existencial y biológica del parentesco humano, Lissencko, brigadier de la genética patriarcalista, se ruboriza y reacciona.

A la intervención espectacular de Lissencko defendiendo su tesis, no faltarán las denuncias y delaciones de compañeros, las "burlas", las "tempestades de aplausos", en fin, el policialismo y la espectacularidad que bien hemos conocido como el "fascio". Es pues en el corazón de la URSS y, además, en el corazón de la ciencia soviética donde se fue a ocultar, como un flagelado, ese residuo parásito del patriarcalismo mesiánico.

La Metafísica está en las fábricas. He allí la posición preciosa de la URSS. Y fuera de sus límites, se asiste a un tímido esfuerzo para revivir las derrotadas soluciones del Patriarcado.

No pasa de ser una mentira la axiología que vuelve a llevar el mundo hasta Dios, supremo Valor. Toda la jerarquización que se intenta a través de la Filosofía de los Valores, constituye una posición tomada y obedece al articulado esquema de las Ideas platónicas que tienen como máximo vértice el Bien. Nuevamente surge el escamoteo del problema del Mal que el dualismo mazdaísta de Persia había llevado al seno de las herejías gnósticas. Si Grecia hubiese perdido en la batalla de Salamina, quizás el destino ideológico del mundo hubiese sido distinto.

Lo que las formas audaces o disimuladas de la filosofía contemporánea pretenden es restaurar, a través del Existencialismo, de la axiología, de la fenomenología e incluso del marxismo-leninismo, el Ser como tal en su trono absolutista.

El ser como tal, el gran impostor de la vieja Metafísica, está en el fondo de la reducción eidética de Husserl. Si a la moderna fenomenología no le otorgásemos el valor apenas metodológico que ella tiene, caeríamos de nueva en todas las formas de exaltación del concepto de Ser de Parménides. Lo que es tan sólo coordinada, momento estable de una simple relación de movimiento, pasa a ser transfigurado en motor inmóvil. En vez de colocar simplemente entre paréntesis el mundo fáctico y trabajar con la esencia, ésta se transmuta en Ser necesario y anterior, contribuyendo así a la última reencarnación del Idealismo.

Como puede verse, Husserl termina por reeditar la piedra angular del conservadurismo así enunciado por Cristo: "No vine para derogar la ley sino para confirmarla".

He aquí cómo continúa y cierra con broche de oro sus *Meditaciones Cartesianas*: "La fenomenología no habla más que de las últimas cuestiones, las más elevadas. El Ser primero en sí, que sirve de fundamento a todo lo que hay de objetivo en el mundo, es la intersubjetividad trascendental, la totalidad de las mónadas que se unen en las formas diferentes de comunidad y de comunión".

El gran doctor de la Iglesia, San Agustín, es finalmente quien dice la última palabra de las *Meditaciones* de Husserl, ahora en defensa de la intuición: *In interiore hominem habitat veritas*.

Como Joseph K., el personaje de *El proceso* de Kafka, estamos ante los esbirros matutinos que quieren reconducirnos al viejo mito de la Caverna platónica.

Dejemos, sin embargo, la fenomenología, para ver de frente el Existencialismo, en su aparición ortodoxa de subjetividad pura.

La primera tarea será situar la subjetividad, pues ella también tiene su Historia. Hay una subjetividad en el Matriarcado, diferente de la que aparece, con la fuerza de una reivindicación fundamental en las primeras horas de la corrupción del régimen paternalista, en Sören Kierkegaard.

El Existencialismo recolocó al hombre en su ansiedad ancestral. Y eso es suficiente. Tanto la ecuación Tiempo y Ser, el estar para la muerte, y el naufragio de Jaspers, como la tensión de Sartre ante la Negatividad, todo vuelve a colocar al hombre en el meridiano de la devoración.

Al psicoanálisis le fue muy difícil comprender que era preciso atacar al Super ego paternalista. Durante mucho tiempo, las soluciones presentadas por la escuela de Freud que se reducían a los remedios negativos del Yo (represión, regresión, anulación y aislamiento) y en las formas masoquistas (agresión contra sí mismo, transformación en su contrario) creyeron encontrar la manera de resolver los conflictos internos del hombre histórico.

Finalmente comenzó a comprenderse que el Super ego también podía estar equivocado. De la mala recepción dada a los derechos reprimidos del instinto, los cuales estaban a la disposición disciplinaria de la Moral de Esclavos, se pasó a una fase psicoanalítica en la cual se intentó legalizar al hombre natural que mediante la neurosis y los estados de ficción, resistía a las imposiciones seculares del socratismo occidental.

Llamamos estado de ficción a los disturbios y alienaciones donde se encierra y desarrolla el Yo agredido por el ambiente. Histeria, paranoia, delirios de celos y de religión, ausencias, todo eso se convierte en temas, que derivan de la enfermedad, en las manos del Yo poeta, del Yo novelista, del Yo moralista. Si recurrimos a la Historia, podríamos ver cómo esos estados príncipes, producidos generalmente en las personalidades fuertes, promueven otros que llamaremos estados de espejo y cómo de allí producen grupos contagiados y multitudes pasivas. ¿Qué es la crónica del Monarquismo, tanto oriental como occidental, desde el ascetismo brahmán hasta el anacoretismo autoflagelador, hasta los aburridos refugios del ocio en que se convirtieron los conventos, qué otra cosa es la vida solipsista claustral y de celibato, sino un código de fenómenos de defensa ante los horrores del Patriarcado?

Para poder discriminar perfectamente esos males históricos, que se pueden curar con un cambio de medio o de actitud social, sería oportuno recurrir al examen de los posibles *pathos* y fobias del Matriarcado, a través de los documentos y del folklore, como también de la exégesis culta. No tendría ningún sentido, por ejemplo, en un régimen matriarcal, la existencia de lo que los freudianos llaman "el complejo de castración", pues ninguna disminución personal de la mujer traería la comprobación de que ella posee un sexo diverso al del hombre. Solamente la idea del dominio del hermano —invención patriarcalista— podía, mediante una compleja fase psíquica, producir en la infancia cualquier conexión entre el fenómeno doméstico de importancia y el asunto fálico. Sería necesario revisar a Freud y a sus epígonos despojándolos, gracias a un riguroso psicoanálisis, de los residuos vigentes de la formación cristiano-occidental de la cual todos provienen. La importancia exacerbada atribuida a Don Juan, en una tribu poligámica sería ridícula. Don Juan es una creación del Patriarcado; es un fuerte organismo de agresión en

los dominios del pecado contra la herencia y la legitimidad. Todas sus víctimas del período económico y moral del Renacimiento y del Romanticismo, serían hoy, en América, vulgares divorciadas, usando, desde luego, métodos anticonceptivos y soledades de rascacielo.

Evidentemente, el freudismo se resiente de los residuos de su formación paternalista. A Freud y a sus gloriosos secuaces les falta la dimensión Bachofen. Ellos no se dieron cuenta de que sus investigaciones se limitaban, y su interpretación se deformaba, debido a la pauta histórica del Patriarcado.

El patrón pedagógico de Occidente, ya sea proveniente de Fenelón o de Jean Jacques, produce siempre, en cualquier casa, en cualquier familia constituida, la educación del príncipe.

En una sociedad, donde la figura del padre se haya substituido por la de la sociedad, todo sería diferente. Desaparecería la hostilidad contra el padre individual, que en sí acarrea la marca del arbitrio. En el matriarcado, es el sentido del Super-Ego tribal lo que se instala en la formación de la adolescencia.

En una cultura matriarcal, lo que se interioriza en el adolescente no es ya la figura hostil del padre-individuo, sino la imagen del grupo social.

En esa confusión que originó el Patriarcado, al atribuirle al padrastro —marido de la madre— el carácter de padre y señor, es donde se radican los complejos esenciales de castración y de Edipo.

Simone de Beauvoir, en *El segundo sexo*, ese evangelio feminista que se coloca en el pórtico de la nueva era matriarcal, escribió: *Ce n'est pas la libido féminine qui divinise le père*. Es en la lucha doméstica con la madre, y después en la lucha con el ambiente, donde aumenta la divinización posible del padre como socorro, poder moderador y aliento sentimental. Fenómeno del Patriarcado.

En el estudio dedicado al Psicoanálisis, la gran escritora cita a Freud, y lo muestra perplejo, en su estudio sobre Moisés, ante la soberanía del padre en la historia del Hombre. Evidentemente, el creador del Psicoanálisis no prestó especial atención a la Revolución del Patriarcado.

Hemos recorrido así, en larga escala, las posiciones actuales del Mesianismo. Secularizado por Lutero, él fue víctima de la ascensión de la burguesía occidental, en su gran expresión teocéntrica: el Papado. Incluso la protesta que mantenía prisionero en el Vaticano al sucesor de Pío IX, se deshizo en una operación de contabilidad.

"Todo animal es el maniquí indeformable de cierta forma de honor", dijo Giraudoux. He allí el comienzo de la dignidad de lo erecto, que con dignidad aspira al ocio. Cicerón ya lo había reivindicado: *otium cum dignitate*.

El hombre, el animal fideísta, el animal que cree y obedece, llegó al final de su estado de Negatividad, y se encuentra a las puertas doradas de una nueva edad del ocio. En ella no se propone el problema de la libertad. Esta sólo existe como reivindicación, cuando el hombre pasa

a esclavizar al mismo hombre, a negarse como Ser determinado por ella: la libertad; lo cual ocurre en el Patriarcado. Allí, ella es la conciencia de la necesidad. En el vocabulario de la servidumbre, ella es la humana tendencia del regreso a lo justo, que es lo natural.

Schopenhauer dijo que sólo en la unión de todas las voluntades en una sola voluntad, puede existir ética. Es cierto. Fuera de ello, hay éticas de clase, desde Aristóteles. En un mundo sin clases al cual se intenta llegar, la ética y la equidad sustituirán las deformaciones interesadas del Derecho Positivo.

Lo inexplicable, para críticos, sociólogos e historiadores, muchas veces se debe al hecho de que ellos ignoran un sentimiento que acompaña al hombre en todas las épocas, y que llamamos la constante lúdica.

El hombre es el animal que vive entre dos grandes juegos: el Amor donde gana, la Muerte donde pierde. Por eso inventó las artes plásticas, la poesía, la danza, la música, el teatro, el circo y, finalmente, el cine.

Una vez más, hoy se intenta justificar el arte políticamente, dirigirlo, oprimirlo, hacerlo servir a una causa o a una razón de Estado. Pero es inútil.

El arte libre, juego y problema emotivo, resurgirá siempre porque su motivación última reside en los arcanos del alma lúdica.

En el inmenso combate contemporáneo, los Estados Unidos son acusados de dos crímenes: de la acumulación capitalista en manos de unos privilegiados, lo cual en una época avanzada como la nuestra resulta inexplicable, y del imperialismo, de cuyas formas agrestes, en realidad, ya casi se ha liberado. Pero, sin duda alguna, es en América donde se está creando el clima del mundo lúdico y el clima del mundo técnico abierto al futuro.

A la descristianización de la vida, sigue la descristianización de la muerte. En América se intenta llevar a sus últimas consecuencias la concepción del primitivo ante la muerte, considerada como acto de devoción pura, natural y necesaria. Ya existen serenas moradas hacia donde se conduce al difunto entre jardines floridos, absolutamente libres de la austeridad funeraria del pasado. Cualquier recién llegado a una ciudad en la cual quisiera habitar, recibe no sólo la cartilla del emporio sino también la proposición de costear los gastos de su propio entierro. Todo el aparato horrorífico de la muerte cristiana, que anticipaba el terror del Juicio Final, toda la plástica funeraria del Cristianismo que entreabría las puertas del infierno bajo altares y cirios, desaparece ante el mundo lúdico que se anuncia.

Se trata de buscar soluciones paralelas al primitivismo, tal como en *La Revolución de los Gerentes* de James Burnham. Es obvio que la técnica

haya significado una nueva dimensión para el mundo en constante cambio.

Un filósofo como Karl Jaspers no comprende lo que significa, para la masa democrática que sabe, el deporte, las proezas, la gloria de Tarzán y el *glamourgirl*. No comprende que el mundo del trabajo, gracias a la técnica y al progreso humano, deja las tareas sociales a la máquina, tratando de realizar en la tierra el ocio prometido por las religiones en el cielo.

Una filosofía del éxito se contrapone a la filosofía de la desesperación que brota del seno hamléutico de Sören Kierkegaard. Esta última no va más allá de las fronteras de la burguesía culta que, constatando la mediocridad de lo cotidiano en su frustración de clase, opta por la angustia como solución y por el designio como ideal.

Nuestra tesis, por lo tanto, afirma:

1º) Que en su larga historia, el mundo se divide en Matriarcado y Patriarcado.

2º) Que en correspondencia con esos hemisferios antagónicos existe una cultura antropofágica y una cultura mesiánica.

3º) Que esta última, dialécticamente, está siendo sustituida por la primera, como síntesis o tercer término, fortalecida por las conquistas técnicas.

4º) Que se anuncia nuevo Matriarcado cuyas formas de expresión y realidad social son: el hijo por derecho materno, la propiedad común del suelo y el Estado sin clases, o la ausencia de Estado.

5º) Que la era actual del progreso humano preanuncia lo que Aristóteles quería expresar diciendo que, cuando los husos trabajasen solos desaparecería el esclavo.

6º) Que bajo el aspecto disimulado o evidente de la secularidad, la filosofía comprometida con Dios, nunca dejó de ser mesiánica.

7º) Que la URSS expresa el pequeño anhelo de participar en la gran revolución del parentesco, que se realiza con el advenimiento del nuevo Matriarcado. Su revolución se concentra en la enfatización de un sector: el de la propiedad.

8º) Que al mismo tiempo, la URSS, inducida por la mística de la acción, perdió el impulso dialéctico de su movimiento, y se enquistó en un obrerismo dogmático que, en síntesis, recuerda la Reforma y la Contrarreforma.

9º) Que ello expresa el último refugio de la filosofía mesiánica, la cual del cielo baja a la tierra.

10º) Que ante la concepción histórico-colectivista de Marx, el Existencialismo expresa un momento importante de la Subjetividad, aquél en

el cual el sujeto se historifica como conciencia y como drama. Siempre en el Patriarcado.

11º) Que sólo la restauración tecnificada de una cultura antropofágica podría resolver los problemas actuales del hombre y de la Filosofía.

12º) Que *La revolución de los gerentes*, de James Burnham, recordando la gerontocracia de la tribu, ofrece el mejor esquema para una sociedad controlada que suprima paulatinamente el Estado, la propiedad privada y la familia indisoluble, o sea, las formas esenciales del Patriarcado.

13º) Que el hombre, como el virus, el gen, la parcela mínima de la vida, se realiza en una duplicidad antagónica —benéfica, maléfica— que acarrea en sí su carácter conflictivo con el mundo.

BIBLIOGRAFIA

A

- ABBAGNANO, NICOLA: *Esistenzialismo positivo; Filosofia, Religione, Scienza; Introduzione all'Esistenzialismo.*
ALLAIN: *Idées.*
ARISTÓTELES: *Obras.*
ARAMBOURG, CAMILLE: *La genèse de l'humanité.*
ARGENTER, EMANUEL: *Les hérésies du Moyen Age.*
AZEVEDO FERNANDO: *A cultura brasileira.*

B

- BECKER: *La ciudad de Dios del siglo XVIII.*
BENOIST, CHARLES: *L'état et l'Eglise.*
BRÈHIER, EMILE: *Histoire de la Philosophie.*
BODENHEIMER, EDGARD: *Teoría del Derecho.*
BOUTROUX, EMILE: *Nouvelles études d'Histoire de la Philosophie.*
BOAS, FRANZ: *Questões fundamentais de Antropologia Cultural; Arte Primitiva.*
BARDY, GUSTAVE: *L'église et les derniers romains.*
BACHELARD, GASTON: *La philosophie du non.*
BRUNO, GIORDANO: *Obras.*
BERGSON, HENRY: *Obras.*
BURNET, JOHN: *L'aurore de la Philosophie grecque.*
BURNHAM, JAMES: *La revolución de los Gerentes.*
BACHOFEN, J. J.: *Du règne de la mère au Patriarcat; As mães e a virilidade olímpica.*
BALDUS, HERBERT: *Ensaio de Etnologia Brasileira.*
BENDA, JULIEN: *Le bergsonisme ou une Philosophie de la Mobilité.*
BÖHME, JAKOB: *El gran misterio.*

- BBUNSCHVIGG, LEON: *Les étapes de la Philosophie Mathématique; Descartes et Pascal, lecteurs de Montaigne; Les ages de l'intelligence.*
 BERVILLIER, MICHEL: *La tradición religiosa en la tragedia griega.*
 BERDIAEFF, NICOLAS: *Dialectique existentielle du divin et de l'humain; Essai de Metaphisique eschatologique.*
 BRIFFAULT, ROBERT: *The Mothers.*
 BASTIDE, ROGER: *Les problèmes de la vie mystique.*
 BEAUVOIR, SIMONE DE: *Le Deuxième Sexe.*
 BLAKE, WILLIAM: *Primeros libros proféticos.*
 BRANDAO DE AMORIM, ANTONIO: *Lendas em Nheêngatú.*

C

- COMTE, AUGUSTO: *Principios de Filosofía Positiva; Catecismo positivista.*
 GROCE, BENEDETTO: *Materialismo histórico y economía marxista; La Historia como hazaña de la libertad.*
 CASTIGLIONI: *Encantamento e Magia. Código Hitita.*
 CASSIRER, ERNST: *El mito del Estado; Antropología Cultural; Filosofía de la Ilustración.*
 COULANGES, FUSTEL DE. *La cité antique.*
 CHAINE, JOSEPH Y RENÉ GROUSSET: *Litterature Religieuse.*
 CHESTOV, LEÓN: *A Filosofia da tragédia; Sobre os confins da vida; O poder das chaves; Kierkegaard e a Filosofia Existencial; As revelações da morte; Atênas e Jerusalém; Parmenides Encadeado.*
 CHIODI, PIETRO: *L'Esistenzialismo di Heidegger.*
 CAMPBELL, ROBERT: *Jean-Paul Sartre ou Une littérature philosophique.*
 CZERNA, RENATO: *Natureza e Espírito.*
 CAUDWELL, CHRISTOPHER: *La crisis de la Física.*

D

- DAWSON, CHRISTOPHER: *Así se hizo Europa.*
 DESCARTES, RENÉ: *Obras.*
 DUBAL, GEORGES: *Psychoanalyse et Connaissance.*
 DELORME, JEAN: *Chronologie des Civilisations.*
 DOLLOT, LOUIS: *Les grandes migrations humaines.*
 DAVIE, MAURICE R.: *La guerre dans les sociétés primitives.*
 DE LUBAC, HENRI: *L'humanisme athée.*
 DUFRENNE, MIKEL Y PAUL RICOEUR: *Karl Jaspers et la Philosophie de l'existence.*

- DEPLOIGE, S.: *Le conflit de la Moral et de la Sociologie.*
 DILTHEY, WILHELM: *La esencia de la Filosofía; Teoría de la concepción del mundo; Vida y Poesía; Leibniz y su época; Introducción a la ciencia del espíritu.*
 DEONA, W.: *Du miracle grec au miracle chrétien.*

E

- EPICURO: *Doctrinas y Máximas.*
 ENGELS, FREDERICH: *Obras.*
 ECKART: *Tratados y Sermones.*

F

- FERNANDES, FLORESTAN: *Organização social dos Tupinambás.*
 FESTUGIÈRE O. P., A. J.: *Socrate.*
 FICHTE: *Primeira e segunda introdução à teoria da ciência.*
 FREYRE, GILBERTO: *Casa Grande & Senzala; Sociologia.*
 FAURÉ, J. AIBERT: *L'Egypte et les pré-socratiques.*
 FRAZER, JAMES GEORGES: *O Ramo de Ouro; O Bode Expiatório; As origens da família e do clã.*
 FROBENIUS, LEO: *A cultura como Sêr vivo; Antologia de contos africanos.*
 FEUERBACH, LUDWIG: *Princípios da Filosofia do futuro.*
 FRANK, PHILLIPP: *Entre a Física e a Filosofia.*
 FREUD, SIGISMUNDO: *Obras.*
 FROST, S. E.: *Textos sacros das velhas religiões.*

G

- GILSON, ETIENNE: *Dieu et la Philosophie; L'esprit de la philosophie medievale; Le Thomisme.*
 GROETHUYSEN: *A consciência burguesa.*
 GENTILE, GIOVANNI: *I Fondamenti della Filosofia del Diritto.*
 GOMPERS-ZELLER: *Aristóteles.*
 GAOS, JOSÉ: *Antologia Filosófica.*
 GEYMONAT, L.: *La nuova filosofia della natura in Germania.*
 GOLDSCHMIDT, VICTOR: *A Religião de Platão.*
 GIDE, CHARLES E CHARLES RIST: *História das Doctrinas Económicas.*

H

- HUGHES, EMMET JOHN: *Ascensão e decadência da burguesia.*
 HUSSERL, EDMOND: *Meditações Cartesianas.*
 HOUNT, ALBERT: *Courte histoire du Christianisme.*
 HARNACK, ADOLF: *História do Dóγμα.*
 HUME, DAVID: *Investigação sobre o entendimento humano; Tratado da natureza humana; Diálogos sobre religião natural; Investigação sobre a Moral.*
 HEGEL: *Obras.*
 HOMERO: *Iliada; Odisseia.*
 HEIMSOETH, HEINZ: *Os seis grandes temas da Metafísica ocidental.*
 HOFFDING, HARALD: *História da Filosofia Moderna.*
 HUIZINGA, J.: *Homo Iudens.*
 HAVET, JACQUES: *Kant et le problème du temps.*
 HALDANE, J. B. S.: *La philosophie marxiste et les sciences.*
 HESSEN, JOHANNES: *Filosofia dos Valores.*
 HEIDEGGER, MARTIN: *O que é a Metafísica.*
 HARTMANN, NICOLAI: *Les principes d'une Metaphisique da la Connaissance.*
 HAMELIN, OCTAVE: *Le Système de Descartes; Le système d'Aristote.*
 HOLLANDA, SERGIO BUARQUE DE: *Raízes do Brasil.*
 HERSHOVITS, MELVILLE J.: *Man and his works.*

I

- II IV Centenário del Concilio di Trento (Conferências).
 IBERICO, MARIANO: *El sentimiento de la vida cósmica.*

J

- JASPERS, KARL: *Mi Filosofía.*
 JOLIVET, REGIS: *Les doctrines existentialistes de Kierkegaard à Jean Paul Sartre.*
 JANKÉLÉVITCH, WLADIMIR: *L'Alternative.*
 JUNG, C. G.: *El hombre y el descubrimiento de su alma; Realidad del alma; La psique y sus problemas actuales.*
 JAEGER, WERNER: *Paidea; Aristóteles.*
 JAMES, WILLIAM: *El Pragmatismo; La voluntad de creer.*

K

- KANT, EMMANUEL: *Obras.*
 KOJEVE, ALEXANDRE: *La dialéctica y la idea de la muerte en Hegel.*

- KELSEN, HANS: *La teoría pura del Derecho; Derecho y Paz; La idea del Derecho Natural y otros ensayos.*
- KAUTSKY, KARL: *El Cristianismo, su origen y fundamento.*
- KEYNES, JOHN MAYNARD: *Teoría general del empleo, del interés y de la moneda.*
- KRISCHE, PAULO: *O enigma do Matriarcado.*
- KROPOTKIN, PEDRO: *El apoyo mutuo.*
- KIERKEGAARD, SÖREN: *O desespero humano; Conceito de angústia; Migalhas filosóficas; Etapas sobre o caminho da vida. O diário do Sedutôr; O banquete; A repetição; Vida e reino do amor; Medo e Temôr.*
- KÖHLER, WOLFGANG: *Psicología de la Forma.*
- KOCH, GRÜMBER: *Von Roroima Zum Orinoco.*

L

- LEVINAS, EMMANUEL: *En découvrant l'existence avec Husserl et Heidegger.*
- LABRIOLA, ANTONIO: *Ensayo sobre el materialismo histórico.*
- LEMM, OTTO: *Historia de la Psicología.*
- LARROYO, FRANCISCO: *Historia de la Filosofía en América del Norte.*
- LEFEBVRE, HENRI: *Critique de la vie quotidienne; Logique Formelle. Logique Dialectique; Nietzsche; L'Existencialisme.*
- LEBRETON, J.-JACQUES ZEILLER: *Histoire de l'église.*
- LACHELIER, JULES: *Psychologie et Méthaphysique.*
- LUTHERO, MARTIN: *Propós de table; Les grands écrits réformateurs.*
- LANGEVIN, PAULO: *Introdução à Relatividade.*
- LINTON, RALPH: *El hombre.*
- LIMA FIGUEIREDO, JOSÉ: *Índios do Brasil.*
- LEISERSON, SAMSON: *La Moneda.*
- LUPASCO, STEPHANE: *L'expérience microphysique et la pensée humaine; Logique et Contradiction.*
- LE COEUR, CH.: *Le rite et l'outil.*
- LEVY-STRAUSS, CLAUDE: *Les structures élémentaires de la parenté.*
- LENIN: *Obras.*

M

- MONTEL, EDOUARD: *Histoire de la Bible.*
- MIOTTO, ANTONIO: *Psicología del comportamiento Sociale; Istinto e società animale.*
- MALINOWSKI, BRONISLAW: *Estudios de psicología primitiva.*
- MARCEL, GABRIEL: *La Métaphysique de Royce; Etre et Avoir; L'Homme Viator.*

- MEIRA PENNA, J. O.: *O Sonho de Sarumoto.*
 MONNEROT, JULES: *Sociologie du Communisme.*
 MARIAS, JULIAN: *El tema del Hombre.*
 MARX, KARL: *Obras.*
 MANNHEIM: *Diagnóstico de nosso tempo; Liberdade e Planificação; Ideologia e Utopia.*
 MORENTE, MANUEL GARCIA: *Lecciones preliminares de Filosofia; Ensayos.*
 MAQUIAVELO, N.: *El Príncipe.*
 MILLER, MAURICE: *De Descartes à Marcel Proust.*
 MONTOYA: *La Conquista Espiritual.*
 MONTAIGNE, M.: *Essais.*
 MAISH-POHLHAMMER: *Instituciones griegas.*
 MONTELS-MARCEL LAFFON: *Les étapes du Capitalisme.*
 MULLER, MAX: *Historia de las Religiones.*
 MULLER, PHILLIPPE: *De la Psicología a la Antropología.*
 MAC IVER-R. M.: *El Estado.*
 MONDOLFO, RODOLFO: *El pensamiento antiguo.*
 MAUNIER, RENÉ: *Mélanges de sociologie Nord-Africaine.*
 MONDESERT, CLAUDE: *Clément d'Alexandrie.*
 MUMFORD, LEWIS: *Técnica y Civilization. La cultura de las ciudades.*
 MENEZES, DJACIR: *El problema de la Realidad Objetiva.*
 MORGAN, LEWIS H.: *La sociedad primitiva.*
 MERCIER-WULF-NYS: *Traité élémentaire de philosophie.*

N

- NABERT, JEAN: *Eléments pour une éthique.*
 NIETZSCHE, FREDERIC: *Obras.*
 NIMUENDAJÚ, CURT: *Leyenda de la Creación y Juicio Final del Mundo. Como Fundamento de la Religión de los Apapokuva-Guaraní.*

O

- ORTEGA Y GASSET, JOSÉ: *Obras.*
 O'AVENEL, V. GEORGES: *Le nivellement des jouissances.*

P

- PFANDER, A.: *Lógica.*
 PRZYLUCKI, JEAN: *L'évolution humaine.*

- POLITZER, GEORGES: *Révolution et Contre-Révolutions au XXe siècle; Princípios elementares de Filosofia; Crítica do fundamento da psicologia.*
- PIRENNE, HENRI: *Historia Económica y Social de la Edad Media.*
- PIRRENNE, JACQUES: *Grandes corrientes de la Historia.*
- PRZYWARA, BRICH: *San Agustín.*
- PLATÓN: *Diálogos.*
- PLOTINO: *Ennéades.*
- PASCAL: *Pensées; Lettres provinciales.*
- PARETO, VILFREDO: *Manual de Economía Política.*
- PINARD DE LA BOULAYE: *L'étude comparée des religions.*

R

- ROQUETE PINTO: *Rondonia.*
- Rencontres internationales de Genève:*
 I—*L'esprit eurépeén.*
 II—*Progrès technique et progrès morale.*
- REIK, THEODOR: *El masoquismo en el hombre moderno.*
- RONDÓN, CÁNDIDO: *Relatório.*
- RAMOS, ARTHUR: *Introdução à psicologia social.*
- ROYCE, JOSIAH: *Filosofía de la Fidelidad; El espíritu de la Filosofía Moderna.*
- RIBEIRO, JOAQUIM: *Folklore.*
- RUGGIERO, GUIDO DE: *La Filosofía Contemporánea.*
- ROHRACHER, H.: *Introducción a la Caracteriología.*
- RUSSEL, BERTRAND: *Obras.*

S

- SENNE, RENÉ LE: *Traité de Caractériologie.*
- SAVONAROLA: *Ultima meditación.*
- SAN AGUSTÍN: *Confesiones.*
- SANTO TOMÁS DE AQUINO: *Textos.*
- SAN IGNACIO DE LOYOLA: *Ejercicios Espirituales.*
- SAN JUAN DE LA CRUZ: *Aforismos.*
- SPIX E MARTIUS: *Viagem pelo Brasil.*
- SPINOSA: *Ética.*
- SCHMIDT: *A aurora da humanidade.*
- STALIN: *Obras.*
- SOLOVIEV, V.: *Crisis de la Filosofía Occidental.*
- SILVA, VICENTE FERREIRA DA: *Elementos de lógica matemática.*
- SOMBART, WERNER: *El burgués.*

- SOMERHAUSEN, LUC: *L'Humanisme agissant de Karl Marx.*
 SEGAL, L.: *Estructura e ritmo da Sociedade Humana.*
 SIMMEL, JORGE: *Sociologia; Filosofia da coqueteria; Problemas fundamentais da Filosofia.*
 SARTRE, JEAN PAUL: *L'Etre et le Néant.*
 SOREL, GEORGES: *La ruine du monde antique; De Aristote a Marx; Réflexions sur la violence.*
 SCHADEN, EGON: *Ensaio etno-sociológico sobre a mitologia heroica de algumas tribos indígenas do Brasil.*
 SCHELER, MAX: *O lugar do homem no cósmos; O ressentimento na Moral; Natureza e formas de simpatia; Etica.*
 SPENGLER, OSWALD: *La decadência de Occidente; El hombre y la técnica.*

T

- TROISFONTAINES, ROGER: *Le choix de Jean Paul Sartre.*

V

- VIGNAUX, PAUL: *La pensée du Moyen Age.*
 VANCOURT, R.: *Marxisme et pensée chrétienne.*
 VOLTAIRE: *Obras.*
 VICO, G. S.: *Cienza Nuova.*
 VIALLE, LOUIS: *Le désir du néant.*
 VASSALLO, ANGEL: *Elogio da Vigila.*
 VUILLEMIN, JULES: *L'être et le travail.*
 VILLALTA, BLANCO: *Antropofagia ritual americana.*
 VERBEKE, G.: *L'évolution de la doctrine du pneuma.*
 VOLLARD, EVALD: *O canibalismo.*
 VANDERVELDE, EMILE: *Le Marxisme. A-t-il fait faillite.*

W

- WEBB, SIDNEY ET BEATRICE: *URSS, uma nova civilização.*
 WAGNER DE REYNA, ALBERTO: *La Ontología fundamental de Heidegger.*
 WHITEHEAD, ALFRED NORTH: *Modos de Pensamiento. La ciencia y el mundo moderno.*
 WEBER, A.: *Historia de la Cultura.*
 WACH, J.: *Sociología de la Religión.*

- WAHL, JEAN: *Petite histoire de l'existencialisme; Existence humaine et transcendance; Tableau de la philosophie française.*
- WESTERMARCK, EDWARD. *L'origine et le développement des idées morales.*
- WEBER, MAX: *Historia económica general; Economía y Sociedad.*
- WEININGER, OTTO: *Sexo y Carácter.*

X

- XENOFONTE: *Recuerdos de Sócrates; Banquete; Apología.*